

JESÚS QUE VUELVE

Imprenta de V. Rico.—Paseo del Prado, 30.—MADRID

ÁNGEL GUIMERÁ

JESÚS QUE VUELVE

DRAMA EN TRES ACTOS

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

EDUARDO MARQUINA



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Gladys	Sra. Adamuz.
Madame Gringoire	Srta. Castejón.
Pepa	Sra. Casals.
Juana	» Pacheco.
Nataniel	Sr. BORRÁS.
Rey Rodolfo	» Villagómez.
Príncipe Demetrio	» Maximino.
Conde Orlof	» Vico.
Comendatore Morelli	» Navas.
Barón de Gringi	» Carmona.
Vizconde D'Arlet	» Torrents.
Barón D'Arding	» Aliacar.
Dormán	» Requena.
Slavis	» Pertusa.
Alejo	» Torrents.
Sergio	» Aliacar.
Juan	» Ortega.
José	» Adamuz.
Coronel Talarn	» Martín.
Primer Ministro del Rey	» Aliacar.
Segundo Ministro del Rey	» Carmona.
Ciudadano 1.º	» Ortega.
Oficial de la Guardia	» Almendro.
Carlos	» Santiago.

Caballeros, hombres, oficiales, mujeres del pueblo y soldados.

DIRECCIÓN ARTÍSTICA:

DON ENRIQUE BORRÁS

ACTO PRIMERO

Pabellón, especie de hall, en el palacio-castillo del conde Orlof. Al fondo, galería acristalada que da al campo. En la lejanía, montañas. A la derecha, puertas comunicando con el interior del edificio. A la izquierda, una puerta que da al exterior. Es la mañana de un día claro. Al levantarse el telón, nadie en escena.

ESCENA PRIMERA

El CONDE ORLOF, el BARÓN DE ARDING y CARLOS

Entran por la puerta de la izquierda y vuelven a ajustarla. Los dos primeros llevan escopetas de caza y Carlos un pajarraco muerto de largas alas, que arrastran por el suelo.

ORLOF

No hemos tenido suerte, Arding.

ARDING

Yo no me quejo; pero tú me has dejado tirar por cortesía. Como estamos en tus tierras...

ORLOF

A Carlos.

¿Qué aspavientos haces?

CARLOS

Quisiera decir una cosa.

ORLOF

Dila.

CARLOS

Por el pajarraco.

Que esto no se come.

ARDING

¿No?

CARLOS

Ya les había advertido a los señores que hoy no era día de caza.

ORLOF

¿Por qué no iba a serlo?

CARLOS

Porque hoy es de mal agüero... disparar.

CARLOS

¿Cómo?

CARLOS

Porque va a pasar Nataniel. Y ya se sabe que cuando él se acerca no deben dispararse armas; traen desgracia.

ORLOF

Eso pensará el pajarraco.

ARDING

Ve: dalo a los perros.

CARLOS

Preferiría enterrarlo.

ARDING

Entiérralo.

Sale Carlos por la derecha murmurando.

ESCENA II

CONDE ORLOF y BARÓN DE ARDING

ORLOF

¡Cómo encuentro al país con ese dichoso Nataniel! ¡Parece mentira!

ARDING

Es de tres años a esta parte. Antes nadie hablaba de él. ¿Recuerdas aquel incendio que abrasó los bosques de medio reino?

ORLOF

Se me llevó en humo buena parte de mi patrimonio.

ARDING

Pues cuentan que cuando soplaba con más furia aquel viento que empujaba las llamas en un frente de dos horas, se vió a ese hombre desconocido dirigirse al fuego y entrarse por él con los brazos extendidos, perdiéndose de vista. Cambió en seguida el viento, y sin estar nublado comenzó a llover tan espeso que se extinguió el incendio.

ORLOF

Irónico.

¿Sin estar nublado?

ARDING

Así lo cuentan.

ORLOF

¿Y tú lo crees?

ARDING

¿Yo?... Yo no. Pero, según donde estés, no te rías de estas cosas.

ORLOF

¿Así estamos?

ARDING

Por aquí todo el mundo cree en él.

ORLOF

Pero en mi casa nadie.

ARDING

¿No?... Pregunta desde el primero al último de tus criados, y si quieren decirte la verdad...

ORLOF

¡Es raro!

ARDING

En mi castillo, empezando por mi mujer, todo el mundo le tiene por un sér sobrenatural. Hasta hay quien cree que es el mismo Jesús, que ha vuelto al mundo.

ORLOF

¡Buen farsante debe ser!

ARDING

No; él, no. El dice a todos que no es nadie. Y niega los prodigios que se cuentan de él. Niega hasta su intervención al apagar el fuego.

ORLOF

En fin, hoy le conoceré si pasa por aquí.

ARDING

Pasará. No hay camino más corto para llegar a la capital, que es su manía.

ORLOF

¡Si el Gobierno le deja llegar! ¡Yo no lo consentiría!

ARDING

¿Por qué?

ORLOF

Tanta gente puede originar perturbaciones, y es lo que él anda buscando.

ARDING

No lo creas. Va únicamente para hablar al Rey contra la guerra que preparan.

ORLOF

Pues no has dicho nada.

ARDING

Y te dejo, que se me hace tarde.

ORLOF

No; te quedas y almorzarás conmigo.

ARDING

Perdona; otro día. También en casa andarán atareados por si pasa o no pasa Nataniel.

ORLOF

¿Pero no ves tú que estoy muy solo?... ¿que no tengo a nadie en este mundo y que echo de menos mi París, donde había arraigado tan profundamente?

ARDING

¿Por qué has vuelto?

ORLOF

A ti puedo decírtelo. Porque estoy arruinado. Y porque no podía vivir allí como yo debo vivir.

ESCENA III

ORLOF, ARDING, CARLOS, luego JUAN, JOSÉ, JUANA y PEPA

CARLOS

Señor...

ORLOF

¿Qué hay?

CARLOS

Son Juan el jardinero y su hermano; y una hija de Juan, y su cuñada, que también se llama Juana.

ORLOF

¿Qué quieren?

CARLOS

Querían hablar al señor.

ORLOF

Que pasen.

Mutis, Carlos.

Y tú, espera, que me aconsejarás; porque...

Entra Carlos, seguido de los que anunció.

Vamos, acercáos...

Adelanta Juan un paso, y los demás quedan a su espalda.

JUAN

Pues... como digo...

ORLOF

¿Qué dices?

JOSÉ

Que quisiera que el señor nos dejara cortar unas flores del parque.

JUANA

Todas.

JOSÉ

Para cuando pase Nataniel, ¿verdad?

JUAN Y PEPA

Sí, señor; eso es.

JUANA

Todas.

ORLOF

Vamos a ver... ¿Y quién pensáis vosotros que es ese Nataniel para que queráis hacerle tanta fiesta?

Se miran unos a otros sin responder.

JOSÉ

Es... ¿qué va a decir uno? Es como una especie de santo... ¡Y nos lo hemos encontrao entre nosotros así, de repente.

JUAN

Más que un santo. No morirá nunca. Nadie le conocía. Y ahora, todos lo quieren más que a todo en el mundo.

JOSÉ

Y todo lo hace bien. Y todos se dejarían matar por él.

JUAN

Pero él no quiere que se mate nadie.

JOSÉ

Porque quiere que sean iguales pobres y...

Temiendo que se ofendan los señores.

Vamos, todos.

ORLOF

A las mujeres

Y vosotras, ¿qué pensáis?

JUANA

Yo... yo lo encuentro... No es como los demás... Y tan buen mozo...

PEPA

El hombre más galán y más hermoso que se ha visto...

JUANA

¡Perdonen los señores!

JUAN

Si le hicieran caso, se acabarían todas las guerras, y no volvería a haberlas en el mundo,

JOSÉ

Hace unos milagros que asustan.

JUAN

Por donde él pasa, los enfermos sanan; y los que no sanan, es que no deben sanar. Y salen ganando, porque van derechitos al cielo.

ORLOF

¿Dice él que cura a los enfermos?

JOSÉ

¡Pero los cura!

PEPA

¡No ha de curarlos!

ARDING

Ni él lo dice ni quiere que se lo digan.

PEPA

A mi madre la hizo andar y estaba tullida.

ORLOF

¿Cómo hizo?

PEPA

Se quedó mirándola y dijo: «¡Pobre mujer!»... y ella se llenó de lágrimas y echó a andar y todavía está andando.

JUANA

¡Es tan cierto, que todas las mujeres se casarían con él!

PEPA

No lo digas. ¡Quién iba a atreverse!

JUANA

¡Todas, todas!

ORLOF

Bueno, basta. Podéis coger las flores.

JOSÉ

Gracias, gracias.

JUAN

Muchas gracias.

JUANA

Y si el Rey no le hace caso, ¡pobre de él!

PEPA

¡Le hará un milagro!

JUANA

O dos; o una docena... El no se apura por milagro más o menos.

Han salido los cuatro.

ARDING

Ya has oído.

ORLOF

¿Sabes que toda esta gente se ha vuelto loca?

ARDING

O cuerda.

ORLOF

Te veo mal... ¡Tú crees!

ARDING

Carlos.

ESCENA IV

DICHOS y CARLOS con un telegrama.

CARLOS

Un telegrama.

ORLOF

Tú crees..., tú crees; ¡pero cómo!

Riendo y tomando el telegrama.

Con tu permiso...

Mientras lo abre Arding se dispone a salir. Carlos ha salido ya.

¿Qué dice?... ¿Pero vienen? Sí.

Leyendo.

«Venimos para conocer a ese prodigio que llaman Nataniel. Caprichos de Gladys».

A Arding.

¿Tú estás oyendo?

ARDING

¿De quién es?

ORLOF

Firma *D*. Pero no ha concluído.

Sigue leyendo.

«No hemos telegrafiado desde París para daros una sorpresa. Que no se sepa, por mi padre. Llegamos en dos autos, y con un apetito voraz.»

ARDING

¿Quiénes son?

ORLOF

¿No adivinas? La firma es una *D.* Demetrio. El príncipe Demetrio, el hijo menor del Rey. Su padre no puede hacerle regresar a su patria, y ahora viene siguiendo a esa mujer, que le ha vuelto loco.

ARDING

¡A saber si luego habrán cambiado de idea!

ORLOF

No. El telegrama es de Ojats, a pocos kilómetros de aquí.

Pulsando el timbre.

Cuando a Gladys le da por querer algo...

Entra Carlos.

Carlos, viene gente a almorzar; no sé cuántos. Que todo esté a punto lo antes posible.

CARLOS

Señor... Yo no sé...

ORLOF

Arregláos como podáis.

Vacila Carlos, y cuando ya va a salir le dice Orlof.

¡Ah! Servid el almuerzo aquí mismo. Y antes de que pase Nataniel.

CARLOS

Pero comprenda el señor que...

ORLOF

Anda, Carlos, anda. Ya te he dicho que os arregléis como podáis.

ARDING

Tus invitados se harán cargo.

ORLOF

Gladys no es capaz de hacerse cargo; pero tampoco es capaz de fijarse hoy en eso. Hace un año que no para de hablar de Nataniel. Sabía yo que un día u otro querría conocerle.

ARDING

Y el príncipe, por complacerla...

ORLOF

No vive más que para ella. Sería mejor que cuidara su propia salud; el pobre está acabando de perderla. Y eso que Gladys no le hace ningún caso. Ni le hará en toda su vida... ¡Buen trajín me espera!

ARDING

Resígnate; se marcharán en seguida.

ORLOF

Tú imagina cómo estará este castillo. Llevo aquí ocho días nada más. Y con servicio nuevo. El otro lo despedí en Francia.

ESCENA V

ARDING, que saldrá, ORLOF y CARLOS

CARLOS

Por la derecha.

Señor: llegan dos autos.

ORLOF

Deben ser ellos. Abre esa puerta.

Sale Carlos por la izquierda. A Arding.

No es necesario que den la vuelta por el castillo.

ARDING

¡Pero si ya los tienes aquí!

ORLOF

Precipitándose por la izquierda y desapareciendo.

Es verdad.

ARDING

Yo me largo a casa por el parque.

Sale por la derecha, tomando su escopeta.

ESCENA VI

GLADYS, CONDE ORLOF Y PRÍNCIPE DEMETRIO

Los personajes irán llegando como lo indique el diálogo. Antes de entrar nadie se oye la voz de Gladys que llega del brazo de Orlof.

GLADYS

¿Por qué no en biplano?... ¡Pero qué caminos, señor conde de Orlof!

ORLOF

Si nos hubiérais prevenido, habriamos cubierto los caminos de flores.

GLADYS

¿Es demasiado tarde? ¿Llegamos a tiempo?

ORLOF

Sonriendo.

Sí, sí... El hombre no ha pasado todavía.

DEMETRIO

Apesadumbrado y a media voz a Orlof.

Gladys está enferma.

GLADYS

Me gustaría que se detuviera y que entraran aquí todos.

ORLOF

Riendo.

¿Todos?

GLADYS

Todos.

ORLOF

Debísteis advertírmelo con tiempo y habría agrandado el castillo, Gladys.

Gladys se dirige hacia la galería, siguiéndola Demetrio.

DEMETRIO

¿Cómo estáis, Gladys?

GLADYS

Contemplando el paisaje.

¡Espléndido, todo esto es espléndido!

Llega madame Gringoire del brazo del vizconde de Arlet, quejándose un poco. Los últimos que llegan son el barón de Gringi, el comendatore Morelli y Carlos.

ARLET

Apoyáos en mi brazo. Sin miedo, sin miedo.

MADAME GRINGOIRE

Estoy baldada.

GRINGI

Mofándose.

¡Pero si no podéis, vizconde!

GLADYS

¡Oh!... ¡Desde aquí es hermosísimo también!

DEMETRIO

¿Estáis mejor, Gladys?

GLADYS

¡Desde aquí es mucho más hermoso! ¡Todo parece de esmeralda y rosa!... ¡Mirad, príncipe!

DEMETRIO

Distraído.

Sí..., sí.

GLADYS

¡Os felicito por este pedazo de vuestra patria!... ¡Pero, mirad!

DEMETRIO

No está mal.

GLADYS

Y a vos también os felicito, conde Orlof, porque el Rey no se ha apropiado estas tierras todavía.

DEMETRIO

Es que mi padre no ha pasado nunca por aquí.

ORLOF

La nación entera pertenece al Rey.

Los otros personajes rodean a madame Gringoire, que se ha sentado. Ríen y conversan con ella.

GLADYS

¡Qué sitios, príncipe, para lanzar dos caballos a galope! En uno vos, y yo en el otro... ¡A ver quién se estrellaba primero!

Triste.

DEMETRIO

¡Por Dios!

GLADYS

Comendatore: tomad el pulso a madame Gringoire, que debe tener fiebre.

Da la vuelta para volver a hablar con Orlof y Demetrio.

MORELLI

Madame Gringoire...

MADAME GRINGOIRE

No; es que siento el vértigo de las alturas.

GRINGI

¡Pero si estamos en el llano, señora!

MADAME GRINGOIRE

Entonces, no debo tener nada.

ARLET

Yo sé qué tiene la señora: debilidad.

MADAME GRINGOIRE

No digáis...

GRINGI

¡Señores! Lo que tiene madame Gringoire es hambre.

Lo ha dicho acercándose a Gladys. Todos forman grupos. Madame Gringoire deja su silla.

MADAME GRINGOIRE

No es verdad: yo no...

Ofendida.

ORLOF

Príncipe: os pido que me perdonéis si no puedo trataros como os corresponde.

DEMETRIO

¡Conde Orlof, por Dios!

GLADYS

Que habrá vuelto a mirar afuera.

Callad... Me había parecido oir como gritos... lejos...

DEMETRIO

Y así nos trae todo el camino: creyendo que llegan a cada momento.

ORLOF

Deben estar muy lejos todavía.

GLADYS

¿Pues qué hacen? Tardan.

GRINGI

¡Qué inquietud!... ¿Y a qué viene, señora?

GLADYS

¡Dejadme en paz, barón!

ORLOF

Hay todavía mucho tiempo. Yo quisiera mostraros vuestras habitaciones, Gladys.

GLADYS

Vamos, madame Gringoire.

ORLOF

Principe... Señores...

DEMETRIO

Yo me quedo, Orlof. Conozco vuestro castillo.

No saliendo el príncipe, se quedan los demás caballeros. Orlof da el brazo a Gladys. Les sigue madame Gringoire, que al salir mirará a Arlet. Este finge estar distraído.

MADAME GRINGOIRE

¡Ay!...

ESCENA VII

DEMETRIO, GRINGI, MORELLI y ARLET. Luego CARLOS

Que lo más discretamente posible prepara la mesa, ayudado de otros criados. Tal vez convendría preparar la mesa en el fondo y luego traerla a primer término. Carlos da órdenes que los demás ejecutan.

DEMETRIO

Arlet.

Llevándolo aparte.

ARLET

Alteza...

DEMETRIO

Poned hoy mismo un telegrama cifrado a París. Que por nada del mundo llegue a sospecharse que salí de Francia, y mucho menos que estoy en mi patria.

ARLET

¡Se pondrá, señor!

DEMETRIO

Y que manden por su orden las cartas que dejé para mi padre.

ARLET

Así lo habrán hecho.

DEMETRIO

Pues hoy habrán enviado la tercera.

ARLET

Perdonad, Alteza; me parece que correspondía la segunda.

DEMETRIO

La... no, no; la cuarta. Sería deplorable que equivocaran el orden.

ARLET

Riendo y poniéndose muy repentinamente serio.

No puede ser; están rigurosamente numeradas.

MORELLI

¿De que creíais que hablábamos, Alteza? Compadecíamos al conde Orlof.

GRINGI

Tener que trocar Francia por este rincón de mundo, sin *confort* y sin relaciones...

DEMETRIO

Considerad lo que sería mi vida al lado de mi padre.

GRINGI

¡Vida de príncipe!

DEMETRIO

¿Y cómo la cotizáis?

GRINGI

La vuestra, en bien poco.

DEMETRIO

¿Lo decís por mis deudas, señor financiero?

MORELLI

Llevándose a Gringi aparte.

Por eso lo dice.

ARLET

Que ha seguido cavilando.

¡Tenéis razón, Alteza, tenéis razón!

DEMETRIO

¿A propósito de qué tengo razón, mi buen Arlet?

ARLET

A propósito de las cartas: la que hoy corresponde debe de ser la cuarta.

MORELLI

Ha sido una imprudencia. ¿No sabéis que le queda muy poca vida al príncipe?

GRINGI

Por eso se lo he dicho.

MORELLI

¡No, por Dios!...

Acercándose a Demetrio.

Alteza: vuestra fortuna—y nadie puede robárosla—es ser hijo de Rey. Eso gusta a las mujeres todavía.

GRINGI

No a todas. Gladys...

DEMETRIO

Gladys..., ¿qué?

GRINGI

Perdonad, príncipe. Lo he dicho en honor suyo.

DEMETRIO

Ni en bien ni en mal consiento que se hable de esa mujer, más que para respetarla y reverenciarla.

Gringi se inclina, irónico. El príncipe le mira provocativamente. La llegada de Orlof rompe esta situación.

ESCENA VIII

DEMETRIO, MORELLI, GRINGI, ARLET Y ORLOF

ORLOF

Yo quisiera haceros agradable vuestra permanencia en el castillo.

DEMETRIO

Ya sabéis el único objeto que nos ha traído a él.

ORLOF

Para que podáis realizarlo mejor, he dispuesto que almorcemos aquí mismo.

DEMETRIO

Sí, sí. Y cuanto antes. Porque un viaje tan precipitado despierta el apetito, ¿verdad, señores?

GRINGI

Verdad. A mí, sí. Por complacer a vuestra Alteza, sí.

El Príncipe finge no haberlo oído.

ARLET

A Gringi.

Decididamente, no le sois grato al príncipe, señor banquero.

GRINGI

¡Es tanto lo que me debe!...

ORLOF

Ya que estáis en el reino, Alteza, ¿no pensáis llegaros hasta la Corte de vuestro padre?

DEMETRIO

Secamente.

No.

Orlof iba a replicar, y se detiene.

¿Por qué os detenéis? Hablad con toda libertad. ¿Qué íbais a decir?

ORLOF

Que en la Corte murmuran de vuestro alejamiento. Sobre todo...

DEMETRIO

Mi hermano, ¿verdad? Ya lo sé, conde. Mi hermano tiene sentimientos bélicos, que yo no comparto. Y deplora que cuando él se dispone a conducir un ejército, yo no esté dispuesto a conducir otro. Pero yo no puedo moverme de Francia. En Francia respiro, y, lejos de ella, me muero. Soy un desgraciado que no quiere dejar de serlo... ¿Qué me importa la ambición de mi padre y de mi hermano por engrandecer el reino? Otra ambición me gobierna en cuerpo y alma. Y vos la conocéis.

ORLOF

Yo no debo...

DEMETRIO

¡Sí, sí, Orlof! ¡Esa mujer lo es todo para mí! ¡Y necesito tenerla siempre delante de los ojos, aunque sea de mármol y aunque me crea su juguete! ¡Hace un momento que no la veo, y ya estoy sufriendo como si mi existencia se acabara!... ¡Ah, Gladys!

Han entrado Gladys y madame Gringoire por la derecha.

ESCENA IX

DICHOS: GLADYS y MADAME GRINGOIRE

GLADYS

Señor conde de Orlof: madame Gringoire confiesa, por fin, que tiene hambre.

MADAME GRINGOIRE

¡Yo no he dicho nada!

ORLOF

Pues a la mesa, señora.

DEMETRIO

Gladys...

GLADYS

¡A la mesa! ¡A la mesa!

Va hacia la mesa con Orlof.

¿Y qué se sabe de Nataniel?

ORLOF

Que va acercándose.

GLADYS

Príncipe...

Le señala sitio a su izquierda.

Orlof...

Idem a la derecha.

ORLOF

A Gladys.

Perdonad...

Quiere cederle la derecha de Gladys.

DEMETRIO

No; está bien así; ella manda.

Los demás se colocan como quieren. Escuchando.

GLADYS

¡¡Callad!!...

Se ha vuelto a levantar y mira por los cristales de la galería.

Príncipe: ¿no veis a lo lejos como una lista, negra que se va acercando?

DEMETRIO

Sí; la veo.

GLADYS

A media montaña, como una serpiente.

DEMETRIO

Sí, sí.

GLADYS

No miráis donde os señalo. Me dais siempre la razón, como a los niños. Decid vos, Comendatore.

MORELLI

Sí, sí; eso es.

Tampoco ve nada.

GLADYS

Arlet: Allá... ¿veis?... ¿Y vosotros?...

A los demás.

ARLET

Como una serpiente.

Ríen todos menos el príncipe.

GLADYS

¡Oh!...

Se aparta de la galería contrariada. Entre tanto, madame Gringoire ha ido comiendo.

ORLOF

No se ve a nadie todavía, Gladys.

GRINGI

Nosotros no podemos ver a nadie, porque la luz de vuestros ojos nos ciega.

GLADYS

No sigáis por ese camino, señor banquero.

Ríe Arlet; Gladys se dirige a Arlet y Gringi.

No me extraña que no podáis ver vosotros. A vosotros sólo os conmueve una aglomeración de gentes de mundo... ¡Y aquéllo sí que es como una serpiente, sin corazón en sus anillos! ¡Maniquíes de grandes formas, banqueros, millonarios, hijos de Rey, fermento de las naciones, que hacen espuma, crepitan y pasan!

DEMETRIO

Gladys...

GRINGI

No; se refiere a nosotros.

El príncipe, mirando a Gringi con desprecio, va a replicarle.

ORLOF

Haciéndose cargo de la situación y encauzándolo.

Además, Gladys, nosotros no podemos verle todavía, porque viene por el fondo de una cañada; no le veremos hasta tenerle a dos pasos.

GLADYS

Por el camino me he dormido un rato y me ha parecido que mi auto rodaba, saltando, sobre los cráneos de una muchedumbre... Era de noche; pero había a lo lejos como un resplandor.

GRINGI

¡El sol!

ORLOF

Sonriendo.

¿Y a Nataniel, no le habéis visto?

GLADYS

No sé; pero en aquel resplandor había como un rostro humano de inmensa tristeza.

GRINGI

¡El suyo, el suyo!

Burlándose.

DEMETRIO

¿Cómo era?

GLADYS

Rubio... joven... hermoso; pero con hermosura terrena: de hombre.

GRINGI

¡Qué cuadro para un gran pintor! Una muchedumbre que parece un mar...

Gladys deja caer el tenedor.

Un auto que parece una nave gigantesca... Y a lo lejos...

Gringi calla en seco, por el aspecto de Gladys que se ha transfigurado; todos la observan.

DEMETRIO

Basta, Gringi. Aquí no se habla del mar ni de...

GRINGI

Riendo.

¿Por qué?

ORLOF

El cuadro sería un disparate... ¿Verdad, madame Gringoire?

MADAME GRINGOIRE

No sé. No me he embarcado más que dos veces en mi vida, y no quiero acordarme.

ORLOF

¿Dos viajes largos?

MADAME GRINGOIRE

El primero por el Sena arriba, en París. Y el segundo por el Sena abajo.

Risas.

ORLOF

Una pregunta, Gladys, si queréis. ¿Por qué habéis entrado en deseos de conocer a Nataniel, vos, que sois la indiferencia en persona?

GLADYS

Porque...

Se detiene, y después de pensar, añade:

No lo sé.

GRINGI

Pues yo, otra pregunta.

DEMETRIO

Provocativo.

¿Qué?

MORELLI

Para que tenga prudencia.

Gringi...

GRINGI

¿No os habéis enamorado nunca?

GLADYS

Sí.

Arlet contiene al príncipe, que iba a arrojarse sobre Gringi.

¿Qué más?

GRINGI

¿Habéis llorado o habéis reído alguna vez?

GLADYS

Barón de Gringi...

DEMETRIO

Basta.

Gringi ríe mofándose del príncipe.

¡Basta he dicho!

El príncipe ha apartado la mesa violentamente, para ponerse de pie.

MORELLI

A Gringi.

¿Pero qué hacéis?

GRINGI

Este hombre es intratable.

GLADYS

¡Príncipe, príncipe!...

Con voz cariñosa, rogándole que vuelva á sentarse.

ORLOF

Serenáos, príncipe.

DEMETRIO

¿No lo habéis oído?

ORLOF

Sí, sí... Pero por Gladys...

Gladys no se ha movido, indiferente a todo.
Madame Gringoire grita y trata de huir.

GLADYS

Conde Orlof, ahora voy a dedicaros mi respuesta a vos. Y la daré cumplida. Sí; yo he querido una vez; y con amor ardiente y sincero. Iba a casarme segurísima de que sería la mujer más dichosa de este mundo. Conocí en París a un hombre del que, a ciencia cierta, no sabía nada. Él era norteamericano como yo; y me demostró tanta pasión, que le creí. Yo era en-

tonces independiente por la muerte de mis padres. Nos embarcamos, siguiendo los impulsos de mi corazón, para celebrar las bodas al llegar a nuestra patria. En los primeros días del viaje, yo le encontré alguna vez hablando con una mujer joven, muy elegante, que viajaba sola. Me dijo que era la hermana de un grande amigo suyo que iba a reunirse con su hermano a Nueva York...

Pausa.

Aquel trasatlantico era el *Titanic*...

Sorpresa en todos.

DEMETRIO

El *Titanic*... El viaje en que se hundió.

ORLOF

¡Oh, Dios! Sí; las montañas de hielo lo abrieron.

GLADYS

Sobrevino la horrorosa tragedia que todos sabéis. Muerta de miedo yo, subí a cubierta. Y mi prometido ya estaba allí. Y tenía a su lado, sosteniéndola en sus brazos, a aquella mujer... Las barcas se iban llenando de gente, más hombres que mujeres, que, atropellándose y piso-

teándose, luchaban como fieras para salvar sus vidas. Faltaban embarcaciones. Y unos caían en ellas y otros caían en el agua que, abriéndose dulcemente, parecía engullirlos... Unas barcas se alejaban abarrotadas, rebosando de gente colgada a sus costados; otras a medio llenar, huían desesperadamente, temiendo que se las tragara la bocaza inmensa que abriría el mar arremolinándose, al entrar el *Titanic* en su abismo... Yo, abrazada a mi prometido por la cintura, arrastrándome, tropezando con hombres y mujeres, llegué con él hasta una de las escaleras. También venía con nosotros aquella mujer, chillando, muerta de miedo, disputándome al hombre, y queriendo arrancar mis brazos de su cuerpo; porque él no podía salvarnos a las dos. Y disputándonoslo ella y yo, mientras la ola de gente nos empujaba, rodamos los tres escalera abajo cuando la barca que había de salvarnos empezaba a moverse y alejarse... Estaba llena, llena, y todos en ella alzaban las manos crispadas, armadas algunas, negándose a recibirnos... Y entonces él, mi amor, aplastó con el pie la cabeza de un hombre que no le dejaba andar; y rechazándome a mí con un brazo y abrazado con el otro a aquella mujer, se lanzó a la barca. Partió un alarido de cien gargantas a la vez; la barca vaciló y, ladeándose, se hundió entre espumas hirvientes. Calló todo dentro de ella, y por encima de ella no quedó nada. Yo vi aquel horror...

Pausa. Silencio de todos.

Y después volví a la vida; no sé qué mano me salvó, ni me importa saberlo, porque no le estoy agradecida. Y no he vuelto a llorar ni a reir, porque desde aquel día no he vuelto a sentirme el corazón.

Pausa larga.

DEMETRIO

Siento haber venido aquí, Gladys.

GLADYS

¿Por qué, Demetrio?

DEMETRIO

Porque habéis sufrido horriblemente, yo os conozco, contando estas cosas.

GLADYS

He sufrido menos de lo que vos imagináis, Alteza. Porque yo, que hace tanto tiempo no deseaba nada, creo que hoy, por fin, deseo algo. Y desde que llegamos aquí, con más fuerza que nunca.

DEMETRIO

Deseáis...

GLADYS

Ver a Nataniel.

ORLOF

Pues hablemos de él, ya que os interesa.

GLADYS

¡Sí, de Nataniel, de Nataniel, señores!

MORELLI

Debe estar llegando.

ORLOF

Debía estar aquí.

GLADYS

De pie.

¡Escuchemos!... ¡Ahora es él... lo juro!.

Entra Carlos.

ORLOF

¿Qué pasa?

CARLOS

Aquí están.

GLADYS

Yo lo he dicho.

Madame Gringoire es la única que no se decide a abandonar la mesa; Gringi, que ha bebido mucho, bebe otra vez, volviendo atrás unos pasos. Arlet se inclina sobre la mesa, pinchando con el tenedor una pasta, que acerca a los labios de madame Gringoire.

ARLET

Madame Gringoire: me atrevo a ofreceros...

MADAME GRINGOIRE

La guardaré en mi corazón.

Se la come. Rumor como de riada lejana. Ya todos están bajo los arcos de la galería.

ORLOF

¡Qué hormigueo humano!

GLADYS

¡Oh! ¿Cómo podré verle llegar?

Busca un sitio alto y, por último, agarra una silla. Orlof aparta un poco los manteles.

ORLOF

¡Desde aquí, Gladys!

GLADYS

¿Pero cómo?

ORLOF

Permitidme...

Se arrodilla.

Subid...

Gladys, por la rodilla de Orlof, sube a la mesa.

Asi.

DEMETRIO

Temiendo que se caiga.

¡Por Dios, Gladys!

GLADYS

Gracias, conde. Desde aquí veo divinamente.

DEMETRIO

Apoyáos en mí.

Ella apoya una mano. Los demás rodean a Gladys, cubriendo, naturalmente, parte de su cuerpo. Todavía no se ve a nadie por fuera.

GLADYS

No le veo... No sé quién es...

ORLOF

No debe ser ninguno de los que vienen delante...

GLADYS

No sé... no sé...

Repentinamente tiene un movimiento como si fuera a caerse de espaldas.

¡Ah... sí!

DEMETRIO

¡Gladys!

ORLOF

¿Qué tenéis?

GLADYS

Nada.

Aparta con repugnancia la mano de la espalda de Demetrio.

No es nada... Ahora estoy bien.

El rumor exterior crece un poco, como si fuera de gentes que rezan.

DEMETRIO

Me habéis dado miedo.

GLADYS

Un vahído... No fué nada.

ORLOF

¡Debe ser aquél, allá, en el centro!

GLADYS

¡Sí, sí! ¡Se acerca! ¡Parece que venga hacia mí...!

Retira el cuerpo sin mover los pies.

MADAME GRINGOIRE

¡Pero si es muy joven!... ¡Y guapísimo!

GRINGI

¡Qué música más rara!

Riendo desdeñoso.

ORLOF

Música de pastores en su montaña.

GLADYS

¡Qué armonía más dulce! ¡Como de madres que lloraran... contentas! ¡Como... como de niños que cantaran, durmiéndose! Así... así... ¡Como un aire que resbalara entre flores, con dulzura! Y suspiros de felicidad... ¡Ya está aquí! ¡A dos pasos! ¿Por qué no se detiene?... ¡Y pasará de largo!... ¡Qué expresión tan serena y afable la suya!... ¡Levanta la cabeza!,.. ¡Me mira! ¡No! ¡No sigáis! ¡Deteneos! ¡Nataniel! ¡Nataniel!

Pequeña pausa; tiene como un gemido sin palabras; como si fuera a llorar. La sostienen porque iba a salir de la mesa siguiendo a Nataniel.

DEMETRIO

Gladys, ¿qué tenéis?

GLADYS

¡Y sigue andando!... ¡Y sigue andando!

Pasan primero unos cuantos hombres, pocos. Tras ellos Nataniel llevando a cada lado, y no muy apartados, pastores que tocan su gaita o dulzaina. Luego un gentío interminable con un murmullo entre labios como de rezos.

GRINGI

A media voz.

¡Le ha llamado!

Mientras pasa Nataniel se interrumpe el diálogo en escena.

GLADYS

¡Y pasó ya!

Desciende de la mesa.

GRINGI

Vos le llamásteis, Gladys.

GLADYS

Negando.

¿Qué yo le he llamado?

ORLOF

Sonriendo.

Sí, Gladys.

GLADYS

No sé.

ARLET

Todavía pasa gente.

DEMETRIO

Y ahora, Gladys, regresemos a Francia. Podrían conocerme y sería una complicación fatal.

GLADYS

¿Pero es verdad que le he llamado yo?

MORELLI

¡Qué griterío!...

Se oye un rumor fuerte de voces fuera.

ORLOF

Algo debe ocurrir.

Se dirige a la galería seguido de los demás.

ARLET

Corren... se dispersan...

Entra Carlos por la puerta izquierda, que da al campo.

ORLOF

¿Qué pasa, Carlos?

CARLOS

Que han llegado fuerzas del Rey y no les dejan seguir adelante.

GLADYS

Y él, ¿qué ha hecho?

CARLOS

Seguir... Un grupo le rodea... Y los soldados no saben qué hacer.

GLADYS

¡Pasarán!...

Ahora se oyen gritos y voces que dicen:

VOCES

¡Adelante!... ¡Sigamos!... ¡Adelante!

Las dulzainas, que habían parado en seco unos segundos, vuelven a sonar dulcemente. Se oyen gritos de alegría. Los de escena hace rato que han vuelto a primer término, porque desde la galería no pueden ver nada.

CARLOS

Que trepó hasta lo alto de una columna para ver más lejos.

¡Ellos son tercos, y siguen andando!

Vuelve a mirar.

Sí, sí... ¡Nataniel ya está entre los soldados!... ¡y va a pasar!

Repentinamente, suenan unos disparos. Gritos y pánico fuera.

GLADYS

¡Jesús!

DEMETRIO

¡Imprudentes!

GRINGI

Por algo no quería yo venir.

GLADYS

Reconviniéndole.

¡Han disparado, príncipe!

Carreras de la muchedumbre cerca del castillo. En la puerta de la izquierda se aglomera la gente, golpeándola con ansia para que abran.

ORLOF

A Carlos.

Cierra.

CARLOS

¡Aquí no se puede entrar!

La puerta se abre de par en par.

ESCENA X

DICHOS: NATANIEL, DORMÁN y SLAVIS

DORMÁN

Desde fuera, entre otras voces.

¡Es que hay un herido!

GLADYS

¡Hay un herido!

SLAVIS

¡Por caridad!

GLADYS

Conde Orlof, han dicho por caridad.

DEMETRIO

¡Pero, Gladys!...

GLADYS

¡El herido es Nataniel!

ORLOF

¿Queréis que traigan aquí al herido, Gladys?

GLADYS

¡Oh, sí!

ORLOF

Abre, Carlos.

GLADYS

¡Yo!

Corre hacia la puerta. La abre. Entran Dormán y Slavis mirando hacia atrás.

DORMÁN

A los de fuera.

¡Apartáos!... ¡Dejadle paso!

SLAVIS

A los de dentro.

¡Han herido a Nataniel!

Entra Nataniel sin apoyarse en nadie; sonriendo bondadosamente; pero varonil y fuerte.

NATANIEL

No ha sido nada. Yo creo que no estoy herido.

La muchedumbre se queda a la puerta, sin entrar. Dormán y Slavis dejan pasar a Nataniel, que al principio no ve a los que están en escena.

DORMÁN

A los de afuera.

¡Calma!... ¡Calma!

NATANIEL

¡Calma todos! ¡Confiad en mí, y esperad!

¡Que nadie se canse de esperar! ¡Esperemos siempre, siempre!

Los del castillo se agrupan, silenciosos.

SLAVIS

Señalándoles.

Mira, Nataniel.

NATANIEL

Fijándose ahora.

¡Oh, señores!... Perdonadme... No os había visto al entrar.

ORLOF

Es natural... Pero dicen que estáis herido.

Nataniel se encoge de hombros, como queriendo decir: «No sé».

DORMÁN

¡Sí, sí!

ORLOF

Pues aquí tenemos un doctor que podrá veros.

MORELLI

En el acto. ¿Dónde es la herida?

Acercándose a Nataniel.

NATANIEL

No sé.

SLAVIS

En el pecho... Una bala...

NATANIEL

Un pobre soldado que...

MORELLI

Rápido.

Mi estuche de urgencia. Está en el auto.

ARLET

Yo lo traigo.

Iba a salir por la izquierda.

CARLOS

No, no; por aquí.

Guiándole hacia la derecha y saliendo con él.

MORELLI

Sentáos aquí; hacedme el favor.

NATANIEL

Sí.

Se sienta de cara a la luz. Gladys está de pie, junato Nataniel.

ORLOF

A Dormán, en voz baja.

Si pudiérais alejar a esta gente y entornar la puerta...

Dormán se dirige a la puerta y desaparece, hablando con los que están allí. Poco a poco, y en silencio, la gente se aleja. Dormán vuelve, y cierra la puerta. Gladys habla a Demetrio.

GLADYS

Ya veis, príncipe. ¿Qué daño hacía este hombre?

DEMETRIO

Gladys: ¡por Dios, no me nombréis! Podrían conocerme.

GLADYS

Sí. Y os odiarían.

Morelli va descubriendo el pecho de Nataniel, ayudado por Dormán y Slavis.

¿Qué es, doctor? ¿Qué veis?

MORELLI

Por ahora..., mucha sangre.

Acercándose

GLADYS

¡Oh, qué horror, Dios mío!

DORMÁN

Muy conmovido.

¿Qué daño os ha hecho? ¡Si él no quiere mal a nadie!

GLADYS

A nadie...

Llora; a veces trata de hablar pero las lágrimas no la dejan.

SLAVIS

Es que...

Encarándose con la gente.

¡Infames! ¡Todos son infames!

NATANIEL

A Dormán, bondadoso, señalándole a Slavis.

Dile que se calle.

Vuelve Arlet y Carlos. Éste trae un estuche de urgencia donde habrá vendas, medicamentos, instrumentos, etc.

MORELLI

A Nataniel.

La cabeza un poco atrás, si queréis. Así. Un poco más.

Al echar la cabeza atrás Nataniel tropieza con el brazo que Gladys tenía sobre el respaldo del sofá

NATANIEL

A Gladys.

¡Ah!

Apartando la cabeza.

No sabía...

También Gladys retiró el brazo al contacto.

GLADYS

¿Estorbo?

MORELLI

No; volved a poner el brazo, Gladys.

GLADYS

Sí...

En voz muy baja.

MORELLI

Tomando entre sus manos la cabeza de Nataniel.

Dejadme, dejadme.

Coloca sobre el brazo de Gladys la cabeza de Nataniel.

La herida está muy alta; conservad esta posición.

SLAVIS

¡Mala gente!

DORMÁN

¡Malas entrañas!

NATANIEL

Reconviniéndoles.

Dormán... Slavis... ¿calláis?

MORELLI

Sonriendo.

¡Lo había supuesto!... ¡Menos mal!

Hablando a sus amigos.

La bala pasó rozando el pecho, y ha sido una suerte... no ha hecho más que un surco en la carne; largo, pero sin ahondar, siguió su camino.

DORMÁN

¡Oh, doctor, doctor!

Contemplándolo con efusión, Slavis vuelve a llorar. Gladys mira a Demetrio y sonríe.

DEMETRIO

¿Sonreís, Gladys? Nunca os había visto sonreir.

GLADYS

¡Oh, príncipe!

Beatíficamente vuelve a sonreir.

MORELLI

La sangre que ha perdido es muy poca. Ya no perderá más.

Apartándole la cabeza del brazo de Gladys.

Y la herida no es nada.

NATANIEL

Podemos continuar nuestro camino.

Apoyándose en el brazo de Dormán.

MORELLI

Eso no... ¿Lleváis tanta prisa? ¡Ni que se acabara el mundo! Ahora, para que la herida no vuelva a abrirse...

NATANIEL

Yo no puedo detenerme, porque...

Mira a los suyos para que le ayuden.

MORELLI

Poco a poco. Vos mandáis afuera, si os deja

la tropa. Pero aquí dentro mando yo. ¿Verdad, señor conde?

ORLOF

En absoluto.

MORELLI

Que preparen una habitación donde el herido pueda descansar.

NATANIEL

¡Pero si ya estoy curado!

Sonriendo.

SLAVIS

No os mováis...

Morelli habla en voz baja con Orlof y los otros.

GLADYS

A Dormán, que también ha estado hablando en voz baja.

Díselo tú.

DORMÁN

Yo, no. Lo que él disponga siempre, siempre.

NATANIEL

Que nadie se moleste por mí. Puedo descansar aquí mismo, si queréis.

ORLOF

¿Os parece, doctor?

MORELLI

Sea aquí mismo. Se agitará menos y es mejor. Pero no debe permanecer sentado. A ver...

Se acerca para colocarle en actitud de reposo.

Hacerme el favor... algo para que pueda recostarse.

GLADYS

Ya sé... Aquí está.

Entrega su abrigo de pieles doblado como una almohada.

MADAME GRINGOIRE

¡Pero Gladys!... ¡Vuestro *manteau!*

GLADYS

¡Tenéis un corazón como una almendra!

Coloca el abrigo detrás de Nataniel.

Y ahora dejáos caer poco a poco.

MORELLI

Tendido... más... Ya está. Y no os mováis en un rato largo.

Nataniel obedece. Slavis permanece junto a él apoyado un brazo en el sofá, contemplándolo sonriente y enjugándose una lágrima de vez en cuando.

NATANIEL

Siéntate, Slavis; tenemos que andar mucho todavía.

Dormán no aparta los ojos de Gladys. Ella quiere acercarse a Nataniel. De pronto se detiene y dice a Dormán:

GLADYS

Pregúntale si está bien así.

DORMÁN

A los del castillo.

¡Qué buena es la señora!

Con mucha efusión. Luego poco a poco se acerca a ella y dice, besándole la mano:

¡Gracias!

GLADYS

A ti, amigo mío.

Dormán se llega de puntillas al sofá y se queda a un lado. Al otro lado está Slavis. Nataniel ha entornado los ojos como si durmiera.

DEMETRIO

Gladys...

GLADYS

Como si despertase de un sueño.

¿Qué?

DEMETRIO

Debiéramos aprovechar para marcharnos, Gladys.

GLADYS

¡Yo, no!

ESCENA XI

DICHOS: El CORONEL TALARN. Tras él un AYUDANTE y CUATRO SOLDADOS, que no entran.

Suenan con un poco de fuerza algunos golpes en la puerta. Carlos, que está en escena, mira a Orlof sin saber qué hacer. Todos los del castillo se miran con sorpresa.

ORLOF

Abre, Carlos.

TALARN

Desde fuera.

¿El señor conde de Orlof?

CARLOS

A Orlof desde la puerta.

Un señor militar pregunta por su excelencia el señor conde.

ORLOF

Después de mirar a Demetrio.

Hazle entrar.

TALARN

A quien Carlos ha hecho pasar.

¿El señor conde de Orlof?

ORLOF

Yo soy, mi coronel...

TALARN

¡Oh, perdón! He estado mucho tiempo en las colonias, alejado de mi patria, y no conozco a las primeras figuras de la Corte.

ORLOF

Yo también he estado muchos años lejos de mi patria.

El príncipe, que al entrar el coronel se había dispuesto a salir por la puerta de la derecha, se detiene ahora. El ayudante que acompaña al coronel, se queda junto a la puerta izquierda, con los cuatro soldados, que no llegan a entrar.

DORMÁN

A Slavis.

¡Los asesinos!

SLAVIS

¡Ellos!

GLADYS

Acercándose a los dos, con un dedo en los labios para que callen.

¡Por Dios!

TALARN

Traigo órdenes del Gobierno que me obligan a detener a este hombre. Por fortuna, ya lo está en vuestra casa.

ORLOF

Mi coronel, este hombre está herido. A alguno de vuestros soldados se le ha disparado el arma involuntariamente, porque él venía en son de paz.

DORMÁN

Es que...

GLADYS

¡No; calla!

TALARN

En efecto: así habrá sido. Y ya que está he-

rido—yo lo ignoraba—, y ya que bondadosamente le habéis acogido en vuestra casa, yo os ruego, yo os ruego, señor conde, que le retengáis en ella hasta... hasta que el Gobierno decida lo que se debe hacer con él. Interinamente..

Orlof habrá estado hablando en voz baja con el príncipe.

ORLOF

Interinamente, os ruego que ordenéis que se retire de mi casa la fuerza. No la necesito, mi coronel.

TALARN

Tenéis razón.

A los soldados y al ayudante

Salid. Y ahora, permitidme que yo mismo le haga unas preguntas a este hombre, para trasladar al Gobierno su declaración.

ORLOF

Como gustéis.

Los del castillo van a retirarse.

TALARN

No; no es preciso que nadie se vaya. Creed,

señor conde, que estoy decidido a no causaros extorsión, en lo posible.

DORMÁN

A Slavis.

Nosotros no nos movamos.

GLADYS

Sí; vosotros apartáos.

SLAVIS

¡Le defenderemos con nuestras vidas!

Cariñosa y enérgica.

Veremos. Ahora he dicho que os apartéis: allí.

Los dos se retiran sin perder de vista a Nataniel. Gladys les acompaña hasta la puerta izquierda. Al volver a primer término tropieza con el coronel, que lleva en la mano un libro-registro.

TALARN

Y vos, señora, que lleváis pintada en la cara vuestra bondad, si veis que durante mi interrogatorio se fatiga el enfermo...

GLADYS

Perdón: el herido.

TALARN

Avisadme. Y yo, para serviros a vos...

GLADYS

Os avisaré, señor, para servir al... herido.

TALARN

Perfectamente, señora. Pues, vamos al enfermo. ¿Vuestro nombre?

Gladys ha ido a sentarse entre su gente.

NATANIEL

Pausa breve.

Nataniel.

TALARN

Nataniel... ¿y qué más?

NATANIEL

No tengo otro nombre.

TALARN

¿Vuestra edad?

NATANIEL

¿Quién puede saberla?

TALARN

A Gladys.

Parece joven.

Gladys no contesta.

¿El nombre de vuestro padre?

NATANIEL

Lo ignoro.

TALARN

¿Vuestra patria?

NATANIEL

El mundo.

TALARN

Pero tendréis una patria: una tierra que adoréis sobre las otras...

NATANIEL

¿Por qué?

Después de una pausa.

TALARN

Por... porque sí. Todos somos de alguna patria... para... defenderla... para...

Mirando a Gladys, que permanece impasible.

NATANIEL

¡No, no! ¡De todo el mundo, de todo el mundo!

TALARN

¿Es demasiado grande el mundo, verdad?... A otro le pediría su pasaporte, pero a éste...

Nataniel trata de incorporarse para hablar.

GLADYS

A Nataniel.

¡Continuad... decidnos!... ¿Verdad que puede hablar, coronel?

TALARN

Sí; debe hablar.

NATANIEL

Dicen que el mundo es muy grande... A m me parece pequeño, muy pequeño, como un corazón. Y el mundo palpita, como un corazón encerrado en la bóveda de un pecho. La bóveda de un pecho que es como un siglo en el Universo. ¿Dónde está la frente pensadora que este pecho lleva encima? ¡Quién sabe!... ¡Quién puede decirlo!

Pausa.

Yo no, porque yo no sé nada... nada.

Pausa.

Sólo sé que siento inmenso amor hacia todo lo creado y hacia lo que está todavía por crear; que todo es uno y presente; y nada desaparece... Que hasta en los granos de trigo del pan que quedó sobre esta mesa, hay algo de los granos de trigo de la primera espiga que columpió sobre los campos el primer soplo del aire suspirante, que no ha pasado, porque está pasando todavía...

Calla. El coronel dejando de escribir.

TALARN

A Gladys, sonriendo.

¿Os parece que podemos seguir?

Dormán, sonríe. Slavis, llora.

GLADYS

Al coronel.

Sí.

No se cansa de mirar a Nataniel.

TALARN

Decidnos lo que sepáis de vuestra vida: lo más antiguo que recordéis de vuestra infancia.

Nataniel se remueve como buscando su posición.

GLADYS

En voz baja.

Comendatore...

MORELLI

Al coronel.

Permitidme.

Se acerca a Nataniel, ayudándole a incorporarse. Dormán y Slavis se disponen a ayudarle también.

GLADYS

Conteniéndoles.

No.

TALARN

Que durante esta interrupción estuvo paseando.

Decid, Nataniel, vuestros recuerdos más lejanos.

GLADYS

Si.

NATANIEL

Recuerdo... Cuando yo era niño vivía con un viejo muy viejo, muy viejo... de barba blanquísima... en el monte... en una cueva. Cerca de aquella cueva caía a plomo sobre la tierra una cascada extensa y abundosa. Y no se agotaba ni menguaba nunca. Recuerdo que una noche yo pregunté al viejecito qué era toda aquella agua quejumbrosa que jamás acababa de caer. Me contestó que era todas las lágrimas de la Humanidad, que iban cayendo en un abismo sin fondo...

GLADYS

¿Si?

Con los ojos dilatados y la voz quebrada. Madame Gringoire se ha dormido.

NATANIEL

Y yo, aunque era niño, me propuse enjugar

un día todas las lágrimas, desecar para siempre aquel gotear de llantos sobre la tierra.

GLADYS

Sin poder contenerse.

¿Y después?... ¿Qué hicísteis después cuando ya érais hombre?

NATANIEL

¡Oh, después!... Una nube inmensa, incolora y quieta cegó mi razón.

GRINGI

Para sí.

¡Loco!

NATANIEL

Fué, durante años, como si no viera nada. Hasta que un día me vi a mí mismo. Y me vi ya un hombre, como ahora lo soy, encerrado en una casa fría, que no acababa nunca..., con patios cuadrados y espesura de árboles que no dejaban volar el alma. Tuve deseos de escaparme saltando la cerca de una pared muy alta que daba vuelta a aquella casa, aislándola y guardándola... No sé cómo logré realizarlo; y al dar de la otra parte en tierra vi que el cielo

era sobre mí como una pedrería de estrellas, y volví a oir la resonancia ensordecedora de aquella cascada despeñándose al abismo. Y la seguí oyendo siempre... Y la oigo todavía.

GRINGI

Finge admirablemente; salvará la piel.

ARLET

¡Callad!

TALARN

Creo que se trata de un loco, nada más.

GLADYS

A Nataniel.

No os entiendo bien; no podemos entenderos.

NATANIEL

Porque no sabré explicarme.

GLADYS

Sí, sí, decidme: ¿Qué os proponéis? ¿Qué le pedís a la vida?

NATANIEL

Que todo el mundo sea... bueno.

Disponiéndose a abandonar su sitio.

¡Que los hombres se quieran. Matar al odio; que la Humanidad fraternice; que el mal no vuelva a engendrar ni mañana ni nunca; que llegue el día en que, por encima de los montes y los ríos, traspasando los límites y reinos y naciones, los hombres se den la mano, y ciñan en un vasto anillo de amor, toda la Tierra!

Se levanta, resuelto, y ordena sus ropas para seguir su camino.

MORELLI

¿Qué hacéis?

NATANIEL

Seguir mi camino hacia los que se odian de muerte.

Sus dos compañeros se le acercan.

TALARN

Sois prisionero del Rey, y estáis a mis órdenes.

GLADYS

Al príncipe.

¡Señor!... ¡Si me queréis, que este hombre quede en libertad.

DORMÁN

¡No está a las órdenes de nadie! ¡Nataniel es como Dios!

TALARN

A Orlof.

¿Queréis más pruebas de demencia?

NATANIEL

Sereno.

Yo reclamo vuestra protección, príncipe Demetrio.

GLADYS

¡Y él os protegerá!

Mira al príncipe, sonriéndole.

DEMETRIO

¿Cómo ha sabido...?

TALARN

¡Alteza..., yo no os conocía!

DEMETRIO

¿De quién habéis recibido vuestras órdenes, coronel?

TALARN

El Gobierno me ordenó detener a Nataniel, si lo creía conveniente.

DEMETRIO

Este hombre queda en libertad, coronel.

GLADYS

Y los demás.

DEMETRIO

Y los demás que le acompañan.

TALARN

Me honro acatando vuestras órdenes, Alteza.

Sale.

NATANIEL

¡Gracias, señor!

GLADYS

¡Pero vais herido...!

NATANIEL

¡Duelen tan poco estas heridas!... Vamos, amigos, que los demás esperan!

DORMÁN

¡Oh, sí; vamos!

SLAVIS

Vamos.

Llora. Salen los tres; rumores de gentío.

DEMETRIO

¿Estáis contenta, Gladys?

GLADYS

¡Contenta, Demetrio! Pero ahora sigamos hasta la ciudad!

DEMETRIO

En la ciudad está la Corte de mi padre.

GLADYS

¡Por mí, Demetrio!

DEMETRIO

¡Por vos, Gladys, sea! ¿Lloráis?

GLADYS

¡Tal vez!... ¡Es que hoy vuelvo a sentirme el corazón! ¡Que vuelvo a la vida! ¡¡Vamos!!

Comienza a salir por la puerta de la izquierda, mientras suenan las dulzainas y los gritos y voces del gentío que se aleja.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El parque de la morada cercana a la capital donde habita el príncipe Demetrio. A la izquierda escalinata practicable por donde se va al palacio. Al foro y a la derecha, paseo del parque entre árboles frondosos. Algún banco de piedra de forma decorativa.

ESCENA PRIMERA

CONDE ORLOF y COMENDATORE MORELLI

Llegan hablando por la izquierda.

ORLOF

Hablad aquí, doctor.

MORELLI

Aquí, sí; pero en palacio las paredes oyen. El príncipe Demetrio está gravísimo.

ORLOF

¿Y no hay esperanza?

MORELLI

No la hay.

ORLOF

Sin embargo, su aspecto es el de un hombre sano.

MORELLI

No lo creáis. Hace tres meses, estando todavía en París, le advertí yo mismo al príncipe la gravedad del mal que le acechaba... ¿Recordáis?

ORLOF

Sí; pero el príncipe se echó a reir y no os hizo ningún caso. ¡Vos opinábais entonces que su desesperado amor por Gladys contribuyó a ponerle en ese estado!

MORELLI

Es una de las causas; lo sigo creyendo. Como sigo creyendo hoy todavía que si Gladys llegara a conmoverse...

ORLOF

¿El príncipe se salvaría?

MORELLI

Sí; se salvaría; pero os advierto que es una opinión exclusivamente mía. Y en prueba de ello, os diré que esta mañana los médicos más sabios del reino le han hecho un examen detenido. Y después de celebrar consulta se dirigieron a palacio para comunicarle al rey...

ORLOF

¿Qué?

MORELLI

Que no hay remedio. El príncipe puede vivir más o menos tiempo; pero, de todos modos, el desenlace no se hará esperar.

ORLOF

Vos, sin embargo, ¿creéis...?

MORELLI

A mí no han querido oirme porque soy extranjero. Aquí opinan que la sabiduría es patrimonio de este pueblo.

ORLOF

La noticia será terrible para el Rey. Preocu·

pado con la guerra, llevaba días sin atender a su hijo.

MORELLI

No todo pueden ser alegrías en el mundo. Las noticias de la guerra son satisfactorias para el Rey. Ayer nos enardecían las campanas de todas las iglesias celebrando el triunfo de Salvatiara, donde su hijo mayor se ha cubierto de gloria.

ORLOF

El uno muere; el otro se inmortaliza. Así es la vida.

MORELLI

Por eso yo he escrito a Gladys, procurando enternecerla y apremiándola para que haga la caridad de venir.

ORLOF

¿Y dónde está Gladys?

MORELLI

Esa es mi inquietud. No sé a punto fijo dónde está. He enviado a un amigo de toda confianza para que la busque. Recluído en vuestro castillo, vos, no os enteráis de nada. A pesar de las

órdenes del príncipe, Nataniel no consiguió llegar a la capital aquella tarde; no lo quiso el Rey. Y aún no se sabe lo ocurrido. Vióse a Nataniel avanzar tercamente, hasta dar con los soldados, que volvieron a cerrarle el paso. La tropa, cargó, sin disparar, sobre el gentío, dispersándolo. Hubo heridos contusos. Y en aquel barullo...

ORLOF

Se perdió de vista a Nataniel, ya sé...

MORELLI

Pues no ha vuelto a saberse de él en parte alguna.

ORLOF

Lo sé también. Y Gladys ha tenido la originalidad de ir en su busca a las tierras de montaña donde nació.

MORELLI

Vos la llamáis originalidad. Ella lo llama inspiración; y está segura de encontrarle.

ORLOF

Pero no lo encuentra.

MORELLI

Hasta ahora, no. En cambio, temo que este viaje le haga perder el poco juicio que le queda; muy poquito, es cierto. Porque parece que todo el mundo le habla de los milagros de Nataniel. Y en todas partes pretenden haberle visto como un sér sobrenatural... Ya sabéis que ella tira el dinero, segura de no acabarlo. Yo creo que entre tantas gentes de buena fe, algunas hablarán para explotarla...

ORLOF

¿Quién llega?

Mirando por la derecha.

ESCENA II

DICHOS y REY RODOLFO con algunos CABALLEROS

UN CABALLERO

Señores, el Rey llega.

ORLOF

Su Majestad.

Al comendatore, abriendo paso.

RODOLFO

Acercándose.

Señores...

ORLOF

Señor...

Se inclinan Orlof y el comendatore.

RODOLFO

Conde Orlof... ¿Habéis dejado vuestras tierras? ¿Compadecéis tanto a mi hijo?

ORLOF

El príncipe me honraba en París con su amistad.

RODOLFO

Sí. A vuestro lado, y a pesar de esa amistad, contrajo la enfermedad que se lo lleva. Vos también estábais a su lado.

MORELLI

Y procuramos velar por él.

RODOLFO

Sobre todo, vos, comendatore Morelli... Me

sorprende que no hayáis vuelto a vuestra tierra.

MORELLI

Majestad, si es una orden.

RODOLFO

Hoy, no. Deseo que no os apartéis de mi hijo. A vos también os lo pido cordialmente, conde Orlof.

ORLOF

Es un deber sagrado en estos momentos.

MORELLI

Y sabremos cumplirlo.

RODOLFO

Sí. Porque dicen que mi hijo está muriéndose. Toda la sabiduría de mis reinos no le servirá de nada. ¡Y en qué momentos se le da a un padre esta noticia! ¡Cuando está empeñada la suerte de la patria en esta guerra que ya le cuesta tantos sacrificios!... No podéis sospechar mis agonías desde hace algún tiempo, conde Orlof. Mis súbditos se oponían a esta guerra, hasta el punto de dejarse arrastrar por

un hombre salido de la nada que pretendía llegar a Palacio predicando la paz universal. Pero Nataniel no volverá a traer perturbaciones. En cuanto a la guerra... nuestras victorias, ya lo sabéis, son colosales.

MORELLI

Sois un gran Rey.

RODOLFO

¡Un gran Rey! ¡No sabéis decirme otra cosa, vos, el hombre más sabio de vuestra tierra, tan inútil como los sabios de la mía! ¡Un gran Rey, que ordena la marcha de ejércitos victoriosos, que se dejarán matar por él, y no puede ordenar a un hombre que salve a su hijo: a un pedazo de su alma que se está muriendo.

MORELLI

La enfermedad del príncipe la agrava un amor contrariado.

RODOLFO

¿Pero qué se imagina ser esa mujer para contrariar a mi hijo? ¿A qué más pudo aspirar que al amor de un príncipe Demetrio? Debe saber que él la honraría y la enriquecería.

ORLOF

Sin duda, señor. Pero esa mujer es honrada y tiene la fortuna de un rey.

RODOLFO

Ya; de un rey de América: de los ferrocarriles o de las montañas de hulla... Reyes de escudos que no tienen como nosotros, conde de Orlof, el escudo de sus antepasados pintado con sangre de sus abuelos.

MORELLI

Pero yo también soy pueblo y apenas un humilde servidor vuestro..

RODOLFO

Vos no sois más que sabio, es cierto. Voy en busca de mi hijo.

MORELLI

Aquí viene, como todas las mañanas.

RODOLFO

Dios me dé serenidad delante de él.

ESCENA III

DICHOS: DEMETRIO y el VINCONDE ARLET

En quien se apoya.

DEMETRIO

¡Padre y señor!

RODOLFO

¡Hijo mío!

DEMETRIO

¡Cómo os agradezco que vengáis a verme!

RODÓLFO

Abrazándole.

¡Hijo de mi corazón! ¡Demetrio!

DEMETRIO

¡Os habéis estremecido, padre!... ¿Qué tenéis?

RODOLFO

¡Es la alegría de verte!

DEMETRIO

¿Por qué no me dejáis visitaros en vuestro palacio de invierno y ayudaros en los negocios de vuestra guerra?

RODOLFO

¿Vuestra, dices? Nuestra, hijo mío, nuestra y de toda la nación.

DEMETRIO

No supe expresarme. Parezco prisionero; los médicos se empeñan en que estoy enfermo y dicen que debo respirar únicamente aires de altura en este parque.

RODOLFO

Así es.

DEMETRIO

De todos modos, por las noches salgo a contemplar las luces del palacio de invierno, donde sé que estáis vos. Sobre todo en noche como la de ayer, que había iluminaciones por la victoria de mi hermano.

RODOLFO

A estas horas le admira todo el mundo... Viz-

conde de Arlet, te relevo unos momentos del servicio de mi hijo y le daré mi propio, que es fuerte todavía

DEMETRIO

Pero, señor, si no es preciso. Ya veis que no me canso.

MORELLI

Sois la salud de toda la monarquía, majestad; bien podéis garantizar la salud...

Señalando a Demetrio.

RODOLFO

La salud de mi hijo debéis garantizarla vos, comendatore... ¡Y basta!... ¡Quiero que se salve!... ¿Habéis oído?... ¡Lo quiero, lo quiero!

MORELLI

Majestad, por Dios, que él puede oir.

RODOLFO

Vizconde de Arlet, sígueme y cuéntame, hora por hora, la vida que hace mi hijo.

Toma el brazo del vizconde y se alejan por el fondo, paseando.

DEMETRIO

Después de una pausa, en voz baja.

¿Y Gladys? ¡Habladme de Gladys, Orlof! ¿Dónde está Gladys?

ORLOF

Donde siempre; buscando a Nataniel. Ya sabéis que ha puesto en él toda su fe y una pasión mental extraña.

DEMETRIO

Le he dicho a mi padre que me entretengo por las noches mirando a la ciudad; no es cierto. Miro a lo lejos, a lo lejos, sin ver... hacia la línea del horizonte de dónde se levantan las estrellas. Busco a Gladys, y creo que, una tras otra, cada nueva estrella que aparece la lleva Gladys en la frente... Y que va acercándose con ella... Pero la estrella se remonta por el cielo solitaria. Y no es Gladys quien la lleva. Entonces mis ojos buscan otra: una estrellita que acaba de surgir a flor de tierra, lejos... Y me digo que esa es Gladys... y la llamo en voz baja, muy baja: ¡Gladys, Gladys!...

ORLOF

Hacéis mal, muy mal. Porque esas emocio-

nes os dan fiebre. Pero no lo dudéis, Gladys volverá.

DEMETRIO

¿Sí? ¿Cómo sabéis?

ORLOF

El comendatore la hizo buscar en la alta montaña, porque conviene que venga.

DEMETRIO

¿Para mi salud, verdad?... ¡Claro; como que si ella estuviera aquí yo acabaría de ponerme bueno! Porque ya estoy bueno. Pero me mata pensar en esa mujer que es de hielo para mí. Mi padre imagina que mi pensamiento está en la guerra... ¿Qué me importan a mí la guerra y su gloria? Yo he nacido indiferente a los orgullos de mi raza. Yo quiero vivir ignorado en un rincón del mundo con esa mujer, y que me pertenezca y me adore... o que me lo diga por lo menos.

Tose un poco.

ORLOF

Todo eso y más ha de lograrse.

DEMETRIO

¿Para qué me necesita mi padre? ¿Qué falta le hago yo?... Para la sucesión tiene a mi hermano mayor, que es el primogénito. ¡Yo no quiero nada para mí; sólo quiero vivir para ella!

ORLOF

Así será... Calmáos... Gladys ha de volver.

DEMETRIO

¡Oh!... ¡Sí!... ¡Y que no pretenda disuadirme nadie: ¡vivir, vivir, vivir para ella!

La agitación del príncipe impresiona a todos. Se acerca el Rey, que volvía con Arlet por el fondo.

MORELLI

Príncipe...

DEMETRIO

No ha sido nada.

RODOLFO

Hijo mío, ¿qué tienes?

DEMETRIO

Ha sido... ha sido que Orlof acaba de darme una alegría...

Ríe.

RODOLFO

Noticias de su hermano, ¿verdad?

ORLOF

No; precisamente de la guerra...

Aparte al Rey.

¡De otra guerra! ¡La del alma!

RODOLFO

Sin querer escuchar a Orlof.

¡Ahora veo que eres de mi raza, príncipe!

Para que Orlof calle.

Sí, sí; de la guerra; de la gloria.

A los demás caballeros que asienten, saliendo con él

Mi hijo es carne de mi carne.

DEMETRIO

Antes de seguir a los caballeros y a su padre.

¡Gladys! ¡Gladys! ¿Dónde estás?

Al comendatore, dándole el brazo, procura hacerle salir para distraer sus pensamientos.

ESCENA IV

ORLOF, ARLET, GLADYS, DORMÁN, SLAVIS Y MADAME GRINGOIRE

Orlof, al oir pasos, vuelve la cabeza y ve a Gladys y su acompañamiento, que llegan por el otro lado de la escena.

ORLOF

¡Gladys!

GLADYS

Bajad la voz, que no os oiga el príncipe.

ORLOF

Gracias, por haber venido.

GLADYS

Me detuve allí a dos pasos. Y he visto al príncipe, como os veo a vos. Parece animado: sonreía.

ORLOF

Porque hablaba de vos.

GLADYS

¡Desgraciado! ¡Qué cruel enfermedad! Pero decidme antes que nada, Orlof: ¿Qué se sabe aquí de Nataniel?

ORLOF

Seguro, nada. Hay quien afirma que le ha visto; que se aparece en diferentes sitios...

GLADYS

¿Oís?... Como allá en la montaña.

SLAVIS

¡Es que es verdad que en la montaña se aparece entre los árboles! ¡Y yo le he llamado y le he visto!

DORMÁN

Yo no he podido verle nunca.

GLADYS

No era él; tu deseo te hacía verle.

SLAVIS

¡Os juro que era él!

DORMÁN

No puede ser; no acudiría para marcharse en seguida.

SLAVIS

Temerá que le prendan.

DORMÁN

Nataniel no teme nunca.

MADAME GRINGOIRE

¡Todos locos y yo me muero de cansancio!

Dos discípulos siguen disputando en voz baja.

GLADYS

No, amigos míos; Nataniel no sabe lo que es el miedo. Su vida pertenece a los demás. El no se escondería voluntariamente. Yo he de averiguar su paradero interrrogando al príncipe.

ORLOF

¿Creéis que el príncipe lo sabe?

GLADYS

Si no el príncipe, el Rey. Demetrio está interesado en que yo no encuentre a Nataniel, porque así me cree más suya. ¡Pero el Rey, a su vez, pudo hacerle desaparecer en aquella revuelta para asegurar el éxito de la guerra.

ORLOF

¿Creeríais al Rey capaz?...

GLADYS

¿De qué? Seguid...

ORLOF

¿De haberle dado muerte?

GLADYS

Sí; en secreto por temor al pueblo. El Rey se habrá dicho que lo sacrificaba por la salvación y la gloria de la patria. ¡Mueren a diario tantos! ¿Qué importa otra vida?

Sarcástica.

SLAVIS

¡Pero si él es Jesús! ¿Verdad?

A Dormán.

DORMÁN

¡Por lo menos, es más que todos los hombres!

SLAVIS

¡Es Jesús!

DORMÁN

Yo os digo que es más que todo el mundo.

Siguen discutiendo.

ORLOF

Que habrá permanecido un momento pensativo.

¡No es posible que le hayan dado muerte.

GLADYS

Yo lo sabré. Le arrancaré el secreto al Rey si es obra suya. Si el príncipe es culpable, ¡sabré vengarlo en él!

ORLOF

¡Por Dios, Gladys!

GLADYS

¡Os lo juro!

ORLOF

Pensad que el príncipe está muriéndose; que una emoción súbita relacionada con vos puede costarle la vida.

GLADYS

¡Demasiado buena he sido para ese hombre sin energía, exponiéndome a todas las murmuraciones! ¡Cuando vos sabéis, conde, que los labios del príncipe no pasaron de apoyarse en el revés de mi mano!

ORLOF

¡Creo en vos, como en mi madre, Gladys!

GLADYS

Gracias, Orlof... No sé qué hacer.

ORLOF

¡Llega gente!

GLADYS

No quisiera ver al príncipe ahora.

ORLOF

Vuelve el Rey.

GLADYS

Madame Gringoire: esperadme en el hotel. Acompañadla vosotros. ¡Pronto, pronto!

MADAME GRINGOIRE

¡Hija mía, yo no puedo más!

GLADYS

Sí, de prisa, pronto.

MADAME GRINGOIRE

¡La pobrecita Gladys ha perdido el juicio!

SLAVIS

Es el mismo Jesús en persona.

DORMÁN

¿Cómo lo sabes?

SLAVIS

¡Es Jesús!

Desaparecen con madame Gringoire por la derecha.

ESCENA V

GLADYS, ORLOF, REY RODOLFO, CABALLEROS de séquito y ARLET

RODOLFO

Llega hablando.

Sí; convendría hacer un nuevo esfuerzo. Necesitamos más soldados.

A uno de los servidores de palacio.

Hoy almorzaré aquí con mi hijo.

A otro.

Y aquí tendré el Consejo: no saldré de aquí en todo el día...

A Orlof.

Decía, Orlof, que nos conviene hacer otro esfuerzo, antes de que lleguen el otoño y las nieves...

Ve a Gladys.

ORLOF

Señor...

Inclinándose y mostrando a Gladys con un gesto ceremonioso.

GLADYS

Señor...

Haciendo al Rey una profunfunda reverencia y manteniendo su frente inclinada.

RODOLFO

No; así, señora; esa actitud no os corresponde; las flores deben mirar al sol.

GLADYS

Gracias, majestad; pero...

RODOLFO

Yo os conocía ya, señora. Desde mi palacio,

un día, vi que os acercábais; pero no pudísteis llegar hasta mí.

GLADYS

Aquel día, un oficial de vuestra guardia me cerró el paso.

RODOLFO

Así fué. Caballeros de mi Corte: os presento a la mujer más hermosa del reino.

GLADYS

Señor: vivo en Francia, y soy americana.

RODOLFO

No seamos egoístas: os presento a la mujer más bonita del mundo, de éste y del otro. Pero desconfiad, señores; su poder de fascinación es tal, que dispone a su antojo de la vida y de la muerte de los hombres.

GLADYS

Me confundís, señor; y yo quisiera...

RODOLFO

Precisamente hace un momenio hablaba de

vos en una conversación que continuaremos aquí vos y yo. Quiero haceros saber hasta qué punto os considera el príncipe.

Los caballeros se alejan por distintos lados.

ESCENA VI

REY RODOLFO y GLADYS

RODOLFO

Vamos a hablar, señora.

GLADYS

Eso deseo, majestad.

RODOLFO

Nuestros deseos coinciden. ¿Queréis otorgarme la merced de sentaros a mi lado?

GLADYS

Yo he venido para...

RODOLFO

O mejor dicho: ¿Me permitís, señora, sentar-

me a vuestro lado y me otorgáis una pequeña audiencia? Porque aquí vamos de majestad a majestad. Aunque el sitio no sea el más indicado para ejercer soberanías.

GLADYS

Me habían dicho, majestad, que vuestro hijo estaba enfermo, y ahora veo que el peligro no será tan grande, porque vuestro humor es excelente.

RODOLFO

Son dos los hijos que tengo en peligro: el uno en la guerra; pero de éste, las últimas noticias son tranquilizadoras, gracias al valor de mis ejércitos y a Dios. El otro está más grave. Y me dicen que para contribuir al triunfo de su salud, yo no puedo hacer nada en este caso. Pero hay alguien que puede darnos la victoria. Yo lo sospechaba, y el príncipe acaba de confirmármelo. Ahí tenéis la razón de mi excelente humor.

GLADYS

Antes de pasar adelante, deseo que me oigáis.

RODOLFO

Y yo no deseo otra cosa.

GLADYS

Es para deciros con toda sinceridad, que mi corazón no abrigó jamás el afecto necesario para llevarme al verdadero amor por vuestro hijo. Pero jamás le di a entender al príncipe otra cosa.

RODOLFO

Me lo ha dicho. Como me ha dicho que está loco por vos y que esta locura le hace indiferente a los negocios del reino, hasta el punto de no parecer hijo mío. Porque el hombre que no sabe dominar este linaje de pasiones que le ponen... perdonad, señora, que le ponen al nivel de...

GLADYS

No es necesario que acabéis; ya he comprendido.

RODOLFO

Al nivel de las...

GLADYS

Evitáos la palabra; es que no quiero oiros.

Se ha puesto en pie. Quedan uno frente a otro, mirándose fijamente. Rodolfo es el primero en ceder.

RODOLFO

Perdonad.

GLADYS

Ya está.

Con asco.

RODOLFO

Pues volved a sentaros.

GLADYS

No.

RODOLFO

Mirando a su alrededor, porque no quiere ser oído.

Acercáos un poco.

GLADYS

¿Qué importa que nos acerquemos aquí, si estamos tan lejos uno de otro?

Da un paso.

RODOLFO

Irónico.

¿Me permitís que siga hablando?

GLADYS

Hablad.

RODOLFO

¿Y me prometéis no ofenderos?

GLADYS

No sé...

RODOLFO

¿Creéis que yo quiero a mi hijo?

GLADYS

Después de una pausa.

¿Cuál?

RODOLFO

A Demetrio; a los dos.

Gladys se encoge de hombros.

Como todos los padres quieren a sus hijos.

Gladys le mira fijamente.

Decid.

GLADYS

Creo en vos tal como sois; vuestra misión y vuestro reino se anteponen a todo lo demás. Vuestro hijo mayor, el heredero del trono, el príncipe Alberto, ocupa el primer lugar en vuestro corazón.

RODOLFO

¿En el del padre?

GLADYS

Irónica.

¡En el del Rey!

RODOLFO

¡Pero si mi hijo segundo es el que se muere y el Rey desaparece, queda el padre!

GLADYS

¿Qué desea de mí el padre?

RODOLFO

Un poco de amor para salvarlo, si es verdad lo que la ciencia asegura. Compartid su vida,

acompañadle siempre. Yo os daré todas las felicidades que podáis soñar. Seréis la admiración de todos y la envidia de las damas de mi Corte.

GLADYS

Basta, señor, basta.

RODOLFO

Pensadlo, Gladys, y dejáos llevar de vuestra propia bondad. Un padre os lo pide. Y un padre es capaz de darlo todo, incluso la corona, por la vida de su hijo.

GLADYS

¡Todo! ¿Habéis dicho todo? ¿Puedo hablar yo ahora?

RODOLFO

Sí.

GLADYS

¿Me permitís que os haga una pregunta?

RODOLFO

¿Por qué no?

GLADYS

Nataniel, ¿dónde está?... Me habéis dicho que podía interrogaros...

RODOLFO

Pero no me he obligado a contestar. ¡Oh, no! ¡Pensad lo que hemos dicho, Gladys!... ¡Pensadlo bien!... Ahora, otros deberes, los deberes del Estado, me obligan a dejaros.

Intenta salir.

GLADYS

¡No! ¡No sin que yo sepa qué ha sido de ese hombre!

RODOLFO

Sobrenatural, ¿verdad?

GLADYS

¡Asombro de la Naturaleza por lo menos! La gente se pregunta en vuestro reino: «¿Qué ha sido de su vida?» ¡Ha desaparecido tan bruscamente cuando quería traernos la paz de que vos abomínábais!

RODOLFO

¡No diréis que no soy condescendiente!...

¡Hasta he consentido que me detuviérais! Pero...

GLADYS

No basta, señor, porque no me habéis dado respuesta. La gente se pregunta si habrá habido poder humano capaz de darle muerte a Nataniel.

RODOLFO

¡Oh!

Iba saliendo y se detiene, volviéndose a mirarla.

GLADYS

Y al veros pasar como pasáis ahora, vuestros vasallos sospechan que tengáis sobre vuestra conciencia sangre de mártir.

RODOLFO

Con energía.

¡Señora, callad!

GLADYS

¡Antes gritaré con todas mis fuerzas que sois un mal Rey...

La voz se le quiebra en la garganta.

...Porque sois un mal hombre!

Cae sobre una silla casi traspuesta. Rodolfo se le acerca.

RODOLFO

¿Veis, señora?

Pausa.

Calmáos, calmáos... No es por mí, señora, es por vos... Yo quiero seros franco: me ha ganado vuestra valentía... ¡Así pudiérais comunicar vuestro carácter al príncipe Demetrio, que no lo tuvo nunca!...

Sonriendo.

Y no me miréis de esa manera, porque no soy tan... criminal como pensáis. Porque respecto a Nataniel, que tanto os exalta, podéis desechar toda inquietud. Yo quiero daros esta satisfacción, aunque no la merecéis. Donde ahora está, no corre ningún peligro su existencia. Palabra de Rey.

GLADYS

¿Y dónde está?

RODOLFO

Muy lejos de aquí.

GLADYS

¿Dónde?

RODOLFO

Donde no puede hacerme ningún daño, predicando la paz contra mis órdenes.

GLADYS

¡La predicará contra el mundo entero!

RODOLFO

Pues ahora puede predicársela a los vientos y a las olas del mar, que no le escucharán, porque, igual que los hombres, estarán perpetuamente en guerra... Este es el palacio de mi hijo... Os veo en él con gusto. Adiós, señora.

GLADYS

¡No quiero ver a vuestro hijo, es tan cruel como vos!

RODOLFO

¿Qué haríais por mí, Gladys, si yo os prometiera que, acabada la guerra, dejaría en libertad a ese hombre?

GLADYS

¡Acabada la guerra, no; ahora!

RODOLFO

Ahora, no. Y eso que ahora no puede hacernos mucho daño. Cuando la guerra es victoriosa. todo el mundo es partidario de la guerra, y el Rey, ¡es un gran Rey!

GLADYS

¡No me habéis dicho una palabra de verdad! ¡Nataniel ha muerto!

ESCENA VII

DICHOS y TALARN, llegando por la derecha.

TALARN

Señor...

RODOLFO

Coronel Talarn, llegáis a tiempo. Acercáos.

Se acerca el militar., saludando ligeramente a Gladys.

TALARN

Vengo a solicitar vuestras órdenes, señor.

Vos me habéis dicho que hoy mismo vuelva a la isla...

RODOLFO

Continuad; podéis hablar.

TALARN

A la isla de Ermás...

RODOLFO

Exactamente. ¿Quién está ahora en la isla?

TALARN

Una compañía de tropa incomunicada con...

RODOLFO

No es eso... ¿Quién más?

A Gladys.

Esperad.

TALARN

Mi familia, mi mujer y mis hijos.

RODOLFO

¿Acabaréis de una vez?

TALARN

Y aquel hombre rebelde y peligroso...

RODOLFO

¿Habéis oído, Gladys?

GLADYS

Pero el coronel es su enemigo. Un día una bala...

El Rey mira a Talarn.

TALARN

¿Me dejáis hablar, señor?

RODOLFO

Hablad.

TALARN

Aquella bala no fué más que una fatalidad involuntaria. ¡Lo juro! Y yo no diré de Nataniel sino que es un hombre extraordinario.

Dirígiéndose al Rey.

Porque tengo mis razones, majestad. No hace mucho en la isla uno de mis hijos, el más chiquitín, estaba enfermo y a punto de morir. Na-

taniel quiso verlo. Se acercó a la camita, le dió un beso y el chiquitín, que ya no hablaba, abrió los ojos, le miró sonriendo y dijo: «Padre»... ¡Sus ojitos le fueron siguiendo mientras se alejaba. Al día siguiente mi hijo corría por la isla. Le curó.

GLADYS

¡Dios mío!...

RODOLFO

¡Coronel: os prohibo relatar esas casualidades, que explotan los que viven de ellas!

TALARN

Casualidades, señor. Pero...

RODOLFO

¿Creeréis vos en semejantes milagros?

TALARN

Lo que he visto, señor.

GLADYS

Y yo le doy las gracias en nombre de las buenas gentes.

RODOLFO

Señora...

TALARN

Me habéis ordenado que guardara un prisionero lejos de toda comunicación en una isla. Yo os respondo del prisionero con mi vida, majestad.

RODOLFO

Bien. Pues ahora os mando que en la misma embarcación que os llevará a la isla acompañéis a Nataniel a tierra firme... y le pongáis en libertad.

GLADYS

¿Será posible?

RODOLFO

Triunfante en la guerra, no le temo. Mi popularidad vale la suya, ya lo he dicho.

GLADYS

¿Pero no me engañáis?

RODOLFO

No. Con una sola condición. Dejáos querer

siquiera algún tiempo. Mi hijo, al cabo, es hombre y olvidará algún día. ¡Yo me sacrifico! ¡Ya habéis visto! ¡Sacrificáos vos un poco, ya que tanta veneración sentís por ese Nataniel. ¡Y llamo sacrificaros a provocar la envidia de todas las mujeres! Ser la predilecta de un príncipe Demetrio puede costar algún sacrificio; pero es casi una jerarquía.

GLADYS

¡Oh!.., ¿Qué quieren decir vuestras palabras, señor?

RODOLFO

Sonriendo.

Os tengo por una dama de inteligencia clarísima.

GLADYS

No basta. Hablad claro. ¡Lo que no os atrevéis a decirme será deshonroso para mí!

RODOLFO

Interpretáis mal mis palabras.

GLADYS

¿Las diríais a una dama de vuestra familia?

RODOLFO

¡No; son de sangre real!

GLADYS

Y yo sangre del pueblo... ¡Pues bien: vosotros, hijos del pueblo, dejáos matar por este hombre que imagina que os honra al degradaros! ¡Yo estoy tan alta como vos! ¡De mi cabeza y de la vuestra, a las estrellas que son camino del Infinito, hay igual distancia!... Vuestra carne se pudrirá en la tierra como la mía y como la de todos!... ¡Tal vez antes!

RODOLFO

¿Y eso enseñan las predicaciones de Nataniel?... ¡Pues bien: negáos a todo; que yo os juro que no volveréis a verle más!... ¡Le encerraré en una prisión, impenetrable, para el resto de su vida!

GLADYS

¡Ahora sois vos, ahora!

RODOLFO

¡Atado con cadenas adonde no pueda verlo nadie!

GLADYS

¡Ahora os reconozco, ahora!

RODOLFO

Coronel Talarn: vuestra familia y vuestros soldados dejarán la isla de Ermás, y con otra gente conduciréis hoy mismo al prisionero donde yo os indique. Más lejos y con mayor secreto, ¡para la vida y para la muerte!

ESCENA VIII

DICHOS y NATANIEL, que llega por el fondo.

Unicamente se ve su cabeza entre el boscaje. A medida que avanza se descubre su figura.

GLADYS

En voz baja, casi adivinándole.

¡Dios mío!... ¡Nataniel!... ¡Es él!... ¡Es él!...

Nataniel se habrá detenido, mirándole fijamente. Silencio de todos.

RODOLFO

¿Quién es este hombre?

GLADYS

En voz baja.

¡Nataniel; es Nataniel!

TALARN

Aparte.

No es posible que haya llegado hasta aquí.

RODOLFO

Pero, ¿quién es este hombre?

GLADYS

Nataniel.

RODOLFO

¿Es él?

NATANIEL

Soy yo.

Avanzando.

RODOLFO

A Talarn.

¿Un coronel mío puede ser traidor?

TALARN

¡No! ¡Lo juro, majestad!

GLADYS

Aparte.

¡Estoy muriéndome!...

RODOLFO

Con involuntario terror

¡Este hombre viene hacia mí!

TALARN

Si lo ordenáis, lo detendré.

Se vuelve a Nataniel.

GLADYS

Cuando el Rey va a ordenar la detención.

¿Qué vais a hacer, señor?

RODOLFO

A Talarn.

No: esperad.

TALARN

A Nataniel, bondadosamente.

No os acerquéis más; es el Rey.

RODOLFO

Aparte.

Hay algo en él que sobrecoge.

Retrocede un paso. Nataniel llega más cerca y se detiene. El Rey también.

NATANIEL

Por el Rey.

¡Pobre padre!

RODOLFO

Compadece a Demetrio.

GLADYS

Sí.

NATANIEL

A Gladys.

No me entienden. Los hijos son dos.

RODOLFO

Más tranquilo.

¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

NATANIEL

Un niño, rubio como el sol, me ha abierto la puerta de la cárcel... y me ha dicho que saliera. Y yo creo en el corazón de los niños.

TALARN

¡Oh, sí!

GLADYS

¡Dios mío!

RODOLFO

¿Y cómo habéis atravesado el mar?

NATANIEL

Abrazado al palo de un naufragio.

RODOLFO

¿Quién os ha guiado hasta aquí?

NATANIEL

La misma mano que guía a los pájaros.

Rodolfo le mira fijamente. Mira a Gladys, y no sabe qué hacer.

GLADYS

Juntando las manos en tono de súplica.

¡Señor y Rey!

RODOLFO

¡Sea! Coronel: dejadle aquí con esta dama. Vigilad de lejos...

TALARN

Yo os respondo.

RODOLFO

A Gladys.

Está en vuestras manos. No olvidéis a mi hijo.

Sale.

Es raro..., es raro... Juraría que le he visto otras veces, no sé dónde.

ESCENA IX

NATANIEL Y GLADYS

NATANIEL

Que ha seguido al Rey con la vista, hasta que desaparece.

¡Desventurado padre!

GLADYS

¿Por qué?

NATANIEL

Hay una saeta que nos amenaza; y silba, como una queja en el aire, y gotea sangre sobre ciudades y pueblos...

GLADYS

¿Le compadecéis?

NATANIEL

Sí; ahora y siempre, a él, como a todos.

GLADYS

Tiene el corazón de hierro: todo lo sacrifica al interés de su jerarquía.

NATANIEL

Ya ha dicho Jesús, que un día se borrarán las jerarquías.

GLADYS

Vos...

NATANIEL

Hablad.

GLADYS

Sí; porque me moriría si no hablara. Lo que voy a deciros lo llevo en el alma, y me ahoga... Vos sois Jesús.

NATANIEL

¿También vos lo creéis?

GLADYS

¡Yo, sí! ¡Os veo tan lejos de todo lo creado! ¡Sois Jesús!

Dicho todo en tono muy íntimo.

NATANIEL

No lo soy. Yo soy... ¿Cómo explicarlo?... Yo soy como vos y como todos. Un retoño del árbol de la vida; uno de los suspiros de Jesús en su camino por el mundo que, volando, volando, vino a posarse sobre mi corazón. O tal vez soy...

Ocurriéndosele otra idea.

¿Habéis visto alguna vez las estrellas reflejadas en el mar? Cuando se agita el mar, parece que las estrellas se borran, lo mismo que cuando se amontonan nubes sobre el agua. Pero el mar se aquieta, y vuelven a brillar las estrellas dentro de él. Yo soy una de esas estrellas que se reflejan en el mar, y es en el cielo donde están, sirviendo a Dios de puente para cruzar aquellos mares de aguas eternas.

GLADYS

¡Tenéis un poder tan grande!...

NATANIEL

Porque mi corazón sabe querer.

GLADYS

... Que nadie lo resiste y todos os siguen.

NATANIEL

Porque quiero más que nadie.

GLADYS

Y yo misma soy una prueba de vuestro poder.

Pausa.

Yo lo aborrecía todo. Yo no era feliz sino pensando que algún día estaría dentro de la tierra, en un hoyo profundo, muerta, cerrados los párpados con fuerza, tapándome los oídos con las manos y de cara al suelo para no ver un rayo de luz ni oir una palpitación de vida, con la seguridad más segura de que toda yo vendría a ser tan de polvo como mis huesos. Yo creo que todo se acaba en este mundo, que Dios era únicamente el hijo de nuestra soberbia, y el «más allá» materia para corromperse, y fecundar otra materia para florecer y volver a corromperse. Obra de un sér perverso que murió también, dejando que le sobreviviera otro sér como él, de entrañas aviesas, que llamamos hombre...

Nataniel va a interrumpirla.

¡No, no!... ¡Ahora yo!... Desde que os vi en el castillo de Orlof, cuando creí morir al veros y resucitar al sentir que me mirábais; yo recorriendo las montañas de vuestras predicacio-

nes; viendo gentes que lloraban de felicidad al hablarme de vos; contemplando pueblos, antes enemigos, que vos hermanásteis; armas que habíais desviado al dispararse; cuchillos con sangre de vuestras venas porque vos quisísteis recibirlos en lugar de la víctima; yo, que he visto niños que lloraban sonreir dulcemente al escuchar vuestro nombre; yo, que he oído decir ahora mismo que en tal lugar os vieron la noche pasada y que en tal otro os aparecíais con frecuencia... yo, andando de pueblo en pueblo, recorriendo los caminos que me decían que vos habíais recorrido últimamente, viendo la señal de vuestros pies grabada en la roca junto a la fuente asustadiza, abundante desde que se posaron en ella vuestros labios, rodeada de gentes que me mostraban enfermos que sanaron con sólo tocar vuestras ropas, y hasta seres privados de vida que volvieron a alentar entre nosotros!...

NATANIEL

¡Oh, callad, callad!...

GLADYS

¡No! Yo, después de todo, estoy ahora mismo, al veros...

NATANIEL

¡Basta, basta; no sigáis!

GLADYS

¡Pobre de mí! Al veros he creído que un mundo se deshacía en torno mío y que otro mundo surgía que yo no había visto nunca y que caminaba por él... ¡y era yo misma!... Ahora siento que hay una mano que me empuja hacia vos y que me hará morir desesperándome. Pero ahora después de muerta ya no querré, como antes, cerrar los ojos y taparme los oídos... Os buscaré; aspiraré con todos los sentidos para advertir vuestro paso; desearé que todo rumor se apague en la tierra para escuchar yo sola vuestras pisadas desde el hoyo profundo en que me entierren, y con mis manos de muerta arañaré la tierra y me la quitaré del pecho para levantarme y seguiros.

NATANIEL

Todos los hombres volverán a vivir cuando Dios quiera; ya Él dijo que descendería al mundo en una nube.

GLADYS

¡Lo sé! ¡Lo sé!... Pero yo estaré sentada en tierra con las piernas todavía dentro de mi fosa y esperándoos a vos.

NATANIEL

¡Es Dios quien vendrá; es Él!

GLADYS

¡Vos, vos! ¡Yo creo en vos!

NATANIEL

¡Qué tristeza la mía, Señor!... ¡Qué pena tan honda de todos los momentos, que no puedo arrancarme del alma! ¡Yo soy como todos los seres de este mundo! ¡Como vos misma! ¡Y cuanto veis en mí de extraordinario no existe en parte alguna. Yo vengo ahora de una cárcel en tierra desierta de donde no he podido salir hasta hoy, y vos regresáis de un país donde pretenden haberme visto a cada instante! ¡Pues no es cierto lo que pretenden! ¡Qué fatalidad la mía, que las gentes no me crean ni sepan comprenderme! ¡Quiero convencer al mundo de que todo es hermandad sobre la tierra; de que no hay límites entre estas llanuras y montañas que fecundiza el mismo sol y riega la misma lluvia; por todas partes siente el hombre el mismo impulso de amar y fundirse con la mujer!... ¡Todas las madres conciben con el mismo dolor y todas adoran con el mismo cariño a los hijos que conciben! ¡Y me oyen las gentes y me creen una criatura superior; y se exaltan por mí y no por lo que les digo, que eso ni prende ni germina en sus almas! ¡Es falso que hayáis visto pueblos que yo apacigüé! Yo soy divinidad para las gentes que me siguen, porque ellas conservan dentro de su alma el odio, o el orgullo de

raza o de fortuna. Y busca un pueblo mi amistad, para que le cure los males del cuerpo, o le dé suerte o prestigio, o la victoria de las armas sobre su enemigo. Y cada pueblo imagina ser el favorito de Dios, y como a mí me creen hijo de ese Dios, todos los hombres me quieren a su lado... ¡Qué desgracia tan grande la mía! ¡Con tanta gente como dice que me quiere y está pronta a seguirme, ninguno me quiere bastante, y conozco que voy solo siempre, siempre!...

GLADYS

Con despecho, hasta el final.

¡Porque amáis demasiado y amáis poco! ¡Todo el mundo no es nadie! Dais todo vuestro corazón; pero lo dividís en tantos y en tantos miles de migajas, que para vos no os queda nada.

NATANIEL

Hago como Jesús.

GLADYS

¡Porque sois Jesús!

NATANIEL

Como Él, llevo la vida de los hombres en la Tierra.

GLADYS

¡Porque sois Él!

NATANIEL

Como Él, quisiera convencer a todo el mundo.

GLADYS

Ya os lo he dicho: hacéis del corazón migajas, y arrojáis esas migajas como arenas sobre el mar de la Humanidad, que ni siquiera las siente caer. ¡Volcad entero vuestro corazón, que es grande como un haz de peñas, y removeréis todas las aguas! ¡Con arenas no se hacen edificios duraderos! ¡Se hacen con bloques de peñasco!

NATANIEL

Hago como Él. Sigo su ejemplo.

GLADYS

¡Como Él!... ¡Como Él!... Quiso encarnar en una sola persona, y su amor no quiso encarnarlo como hombre en una sola persona. El mayor prodigio que hubieran visto los siglos, hubiera sido el amor de un Dios, hecho hombre por una sola mujer. No quiso hacerlo, ni vos lo hacéis. Sois el mismo Jesús, que ha vuelto a

encarnarse. Pues yo os iré siguiendo, llena de fe en vos y de sagrado entusiasmo por vuestra obra. Vos caminaréis con la frente hundida en el azul del cielo; yo con los pies sobre la Tierra, sintiendo en mis venas la palpitación de la Tierra, y trabajando para que los demás os crean y os sigan. Yo tengo montes de oro, y el oro también hace milagros. Para lograr la hermandad y la paz del mundo, vos predicaréis, como entonces, otros sermones de la montaña; y yo, sobre mi montaña de oro, atraeré a los más ariscos para que os vean y os oigan. Yo tengo además, dentro de mi pecho, un corazón de mujer; yo soy hermosa y sé llorar, y tiene más fuerza que el Diluvio una lágrima de mujer.

Llora despechada porque no sabe hacerse querer de Nataniel.

NATANIEL

Pero es que yo quiero enjugar todas las lágrimas del mundo. Y las vuestras ruedan por aquella cascada inmensa entre las otras.

GLADYS

¡Dios mío! ¡No sabéis comprenderme, ni podréis comprenderme nunca!

Llora con desesperación.

¡Porque la inmensidad de un Infinito separa al Hombre-Dios de la Mujer-Mujer!

NATANIEL

De la mujer, sí. No de la madre, que hermana a todos los hombres.

GLADYS

Nataniel.

NATANIEL

¿Qué queréis?

GLADYS

¿Cuál es vuestro deseo más grande en este momento?

NATANIEL

¡Mi deseo grande, inmenso de toda inmensidad, es que acabe esta guerra, aunque me cueste la vida.

GLADYS

¿Saben que estáis aquí vuestros amigos?

NATANIEL

Hace un instante lo saben algunos, y pronto lo sabrán muchos otros. He dicho a los primeros que me aguardaran aquí cerca.

GLADYS

Pues id en su busca y regresad con ellos. Yo lo sacrificaré todo por vos y estaré aquí.

NATANIEL

Aquí volveré.

Alejándose por el foro.

¡Lejos, lejos de mí las pasiones de la tierra!

ESCENA X

GLADYS, DEMETRIO, ORLOF, COMENDATORE MORELLI Y VIZCONDE DE ARLET

GLADYS

¡Soy loca y quiero ser loca!

DEMETRIO

Gladys: ¿por qué no me han dicho que estábais aquí?

GLADYS

Quería daros una sorpresa. Conde Orlof... Señores...

ORLOF

—Gladys...

DEMETRIO

Ahora me gustaría dar una orden: que se cerraran todas las puertas de este parque y que tendieran un cordón de tropas para que no pudiérais escapar otra vez de mi lado.

GLADYS

Ya sabéis por qué fué mi fuga.

ORLOF

Le quedaría el cielo para escaparse por los aires.

GLADYS

Se me han caído las alas yendo por el mundo, Orlof.

ARLET

¿No quedan aeroplanos?

MORELLI

Alteza...

Preparándole en una silla un respaldo mullido de almohadones.

DEMETRIO

Ofreciendo la silla a Gladys.

Gladys: aquí vos; y yo de centinela montando la guardia para que no os escapéis en aeroplano.

GLADYS

Como queráis; pero no hablemos de guardias ni soldados.

DEMETRIO

¡Aquí todos, todos!

GLADYS

Y alegrad esas caras.

DEMETRIO

Sí: para celebrar vuestro regreso que era tan deseado.

ORLOF

Pues yo, Alteza, no me fiaría mucho de Gladys. Para lo que decíamos, ella no necesita aeroplanos: cuenta con Nataniel.

DEMETRIO

Sin comprenderle, sonriendo.

¿Con Nataniel?

GLADYS

¿También vos contra él, conde Orlof?

ORLOF

¡No lo creáis!

ARLET

¡Sí, sí!... ¡Como Nataniel hace milagros, podría arrebatárnosla en un carro de fuego!

GLADYS

¡Sois un hombre vulgar!

MORELLI

O convirtiéndola en hormiga.

GLADYS

Vos sois la hormiga.

Ríen los demás y ella se levanta ofendida.

¡No quiero que se hable así de Nataniel!

ARLET

El comendatore le critica por rivalidad profesional; como Nataniel cura a los enfermos, vos...

DEMETRIO

No mortifiquéis a Gladys.

GLADYS

No me mortifican ahora...

DEMETRIO

Pedidle perdón, comendatore.

MORELLI

Si vos me ayudárais, Gladys, yo también curaría a todos los enfermos, por muy enfermos que estuvieran.

ARLET

Al comendatore.

¡Basta!

Para que el príncipe no adivine.

ORLOF

¡Paz! ¡Haya paz!

DEMETRIO

¡Pedidle perdón, pedidle perdón.

MORELLI

Con mil amores, y de rodillas si es preciso.

GLADYS

Ya estáis perdonado.

Sin dejarle arrodillarse.

Y a sentaros y a estar todos formales.

DEMETRIO

Sí; porque ahora quiero que nos expliquéis por qué desaparecísteis de mi lado apenas llegamos a la capital.

GLADYS

¡Casi me arrepiento de haber recomendado formalidad!

DEMETRIO

¡Si supiérais cómo he sufrido estos días, no pudiendo explicarme vuestra fuga!

GLADYS

Es que vos, que me habíais hecho tantas promesas, que yo no os pedía, faltásteis entonces a la única palabra que os he pedido en mi vida.

DEMETRIO

¿Yo faltaros?...

GLADYS

Sí.

DEMETRIO

Incómodo por su enfermedad

Comendatore: no estoy bien.

MORELLI

Acudiendo a mullir el respaldo.

Alteza...

GLADYS

¿Pero está tan enfermo?

A Orlof.

ORLOF

Sí; y os ruego...

DEMETRIO

Hablad, Gladys, hablad.

GLADYS

Ya no sé dè qué hablábamos.

DEMETRIO

De mi poca palabra. ¡Yo quisiera serviros a vos, hasta sacrificando mi pobre vida!

GLADYS

¿Y si habláramos de otra cosa?

DEMETRIO

No; de mi poca palabra.

ORLOF

¿Por qué, Alteza?

MORELLI

Es preferible que habléis.

GLADYS

Nada... Me habíais prometido conseguir del Rey que no persiguiera a Nataniel.

DEMETRIO

Se lo pedí; os lo juro. Pero mi padre nunca me hizo caso. Dice que yo soy un soñador, y que en el mundo hay que ser práctico, ejecutivo y fuerte, para la prosperidad del país.

GLADYS

Con la cabeza más que con los labios.

No, no...

DEMETRIO

El habla como Rey, que tiene obligaciones grandes, y nosotros fantaseamos. Ya lo dice.

GLADYS

¡Claro!... ¡Y si vos fuérais Rey, pensaríais como vuestro padre.

Lo dice fingiendo naturalidad.

DEMETRIO

No; yo pensaría como vos. Y por complaceros, sería capaz... Hagamos ahora mismo la prueba: preguntadme.

GLADYS

¿Qué haríais?

DEMETRIO

Preguntadme.

GLADYS

¡Qué sé yo!... ¿Huiríais conmigo, desobededeciendo, naturalmente a vuestro padre?

DEMETRIO

¡No tendría que huir, Gladys! ¡Mi padre sabe que no puedo ser feliz lejos de vos! ¡Que os he encontrado no sé cómo en mi camino, y que ya no hay otro camino para mí!

GLADYS

Y vuestro padre se habrá reído.

DEMETRIO

¡Le he dicho que no hay salvación para mí si me abandonáis y no queréis ser mi esposa!

GLADYS

Y se habrá reído aún más vuestro padre.

DEMETRIO

¡No, Gladys, no! ¡Me ha dicho que consentía en todo!

GLADYS

¡No es verdad!

DEMETRIO

Me lo ha dicho.

GLADYS

¡No es verdad, no es verdad! ¡Cuando os lo ha dicho os engañaba miserablemente!

DEMETRIO

¡Mi padre no engaña, Gladys; es mi padre! No tolero que delante de mí se insulte a mi padre y a mi Rey.

El esfuerzo le rinde. Morelli le hace dar unas sales. Hay un gran silencio. Al cabo de un instante Gladys se levanta para alejarse.

¿Dónde vais? ¡Yo no quiero que os separéis de mí!

GLADYS

Gladys le tiende serenamente la mano.

Adiós, príncipe.

El no estrecha la mano y se levanta, apoyándose en Orlof.

DEMETRIO

¡No, no! ¡Yo quiero estar siempre a vuestro lado! ¡Y os seguiré a rastras, si es preciso!... Porque ya no tengo fuerzas...

Soltándose de los brazos que le sostienen.

Me apoyaré en vos, que para los dos os sobran fuerzas y yo no las tengo... Dios no quiso dármelas.

ORLOF

Sentáos, señora; por caridad, sentáos. Y vos también, príncipe.

DEMETRIO

¡No, no; ahora no! Gladys, vuestro brazo. ¡Vamos en busca de mi padre! Vamos en busca de mi padre. ¡Veréis quién soy para vuestro amor! ¡Dejadnos a los dos! ¡Venid!

Ganada por la exaltación del príncipe, Gladys ha vuelto a levantarse.

ORLOF

Viéndole venir.

El Rey.

DEMETRIO

¡No os apartéis de mí, Gladys! ¡Me oiréis y veréis que os adoro!

GLADYS

¡Oh, no!

Con desprecio, apartándose del príncipe.

ESCENA XI

GLADYS, DEMETRIO, ORLOF, COMENDATORE MORELLI, ARLET y REY RODOLFO, que bajará de palacio con séquito de caballeros y MINISTROS 1.°, 2.° y 3.°

Todos con gran exaltación.

RODOLFO

Con alegría, desde lejos.

¡Demetrio: magníficas noticias de la guerra!

DEMETRIO

¡Padre y señor!

RODOLFO

¡Victoria en todo el frente! ¡Tu hermano es un héroe! ¡Cuando lo sepa el mundo!... Leed, señor ministro, el primer despacho.

El ministro busca entre varios telegramas. Gladys permanece olvidada en último término.

DEMETRIO

¡Qué suerte!

RODOLFO

¿Suerte?... Es que Dios está de nuestra parte.

PRIMER MINISTRO

A Demetrio, por el telegrama.

Fechado en la capital de Alcuria.

DEMETRIO

¿Es nuestra la capital?

RODOLFO

¡Nuestra! ¡Nuestra! Como los fuertes avanzados que la cercan, que son siete; algunos en lo alto de una montaña. Pero leed; no perdáis tiempo.

PRIMER MINISTRO

Leyendo.

«Hemos tomado la capital y sus fuertes. Ha sido derrotado el ejército enemigo. Su Rey se ha puesto en fuga entre la caballería. Le perseguimos de cerca. Se tienen noticias de que muchos soldados se rinden, entregando las armas. La victoria es completa. Ha costado mucha sangre a los nuestros...»

RODOLFO

Interrumpiendo la lectura para leer por sí mismo.

«... pero más a los enemigos, que han dejado en el campo millares de muertos y heridos.»

PRIMER MINISTRO

«El príncipe Alberto ha entrado triunfalmente en la ciudad.»

RODOLFO

Le habrán arrojado flores desde los balcones y ventanas.

Como si lo leyera.

DEMETRIO

Abrazando a su padre.

¡Padre mío!

RODOLFO

¡Tu hermano, Demetrio! ¡El hijo mío que un día ceñirá a sus sienes mi corona! ¡La corona secular otorgada a mi linaje glorioso por la mano de Dios, que hoy protege nuestra causa, porque es la más justa! ¡Que se comunique inmediatamente al pueblo la nota oficial!

PRIMER MINISTRO

Ya se está haciendo.

RODOLFO

¡Gran fiesta la de hoy! ¡Que se echen a vuelo las campanas de la Catedral!

SEGUNDO MINISTRO

He dispuesto que recorran la ciudad las bandas militares.

RODOLFO

Y cuando apresemos al Rey, que se me haga saber.

PRIMER MINISTRO

Los demás telegramas llegaron con dificultad, porque el ejército derrotado interceptó las líneas. Estos ha sido necesario mandarlos desde muy lejos, reventando caballos...

RODOLFO

¡Como si cerrándoles el paso, no hubieran de llegar las noticias aquí y al mundo entero!

Riendo.

Señor Ministro de la Guerra: Confiero la gran cruz del Mérito Supremo Militar al príncipe Alberto, generalísimo de todo el ejército.

Rumores generales de satisfacción.

SEGUNDO MINISTRO

Y yo, señor, si vuestra majestad lo aprueba, propongo que esa cruz de su Alteza la costee la nación en brillantes.

RODOLFO

Así se haga... Porque ahora sí que no habrá en toda la nación un solo enemigo de nuestra política.

Viendo a Gladys.

¡Señora!... ¿Vos aquí? Perdonadme; no os había visto.

GLADYS

Es natural: a través de tanta sangre...

DEMETRIO

Gladys: No es oportuno, en estos momentos, hablarle de nosotros...

GLADYS

Irónica.

¡Oh, no, príncipe!

Rumores ligeros de voces, fuera.

RODOLFO

Ahora, señora, voy a comunicaros una noticia agradable, para vos especialmente. Podéis comunicarle a Nataniel que se acerca la paz. ¿No es cierto, señores?

PRIMER MINISTRO

¡Oh, sí!

SEGUNDO MINISTRO

¡Es un hecho!...

RODOLFO

Yo estoy dispuesto a concederla. Y de la nación que se atrevió a resistir a mi poder, no se volverá a hablar más.

Rumores más fuertes, fuera.

¿Qué ocurre?

TERCER MINISTRO

La ciudad, enterada del triunfo, ha sabido que estábais aquí, y viene a aclamaros.

RODOLFO

Y vos, ¿no me felicitáis, señora?

GLADYS

Yo, señor, me atrevo a dar las gracias en nombre de la Humanidad, porque este río de sangre va a extinguirse...

RODOLFO

Severo.

¡Basta!...

Dirigiéndose a un oficial de su guardia.

¿Qué pasa, señor oficial?

ESCENA XII

DICHOS: UN OFICIAL DE LA GUARDIA, NATANIEL, SLAVIS, DORMÁN, UN CIUDADANO, CABALLEROS Y PUEBLO.

OFICIAL

Señor: los ciudadanos solicitan ver a vuestra majestad.

RODOLFO

A los ministros.

¿Podría asomarme al balcón de la plaza?

TERCER MINISTRO

Si vuestra majestad consintiera al pueblo que llegara hasta aquí, sería un delirio de entusiasmo.

El Rey vacila.

SEGUNDO MINISTRO

Para que el Rey lo oiga

No hay nada que temer.

RODOLFO

Al oficial.

¡Que se abran todas las puertas del parque y que entre el pueblo!

Los caballeros y el Rey se dirigen hacia la izquierda.

Príncipe Demetrio: al lado de tu padre.

DEMETRIO

¡Al lado de mi Rey!

Todos han olvidado a Gladys. Esta, que últimamente no estaba muy visible, ha desaparecido. Rodolfo, cuando habló de asomarse al balcón, había subido tres peldaños de la gradería y ya no vuelve a descenderlos. Entran los ciudadanos atropellándose. Los soldados y guardias de palacio les contienen en el fondo. Después de disputar a gritos pretendiendo abrirse paso, avanza un grupo hacia la Corte. Luego, uno tras otro, todos se van acercando. Todo esto ha de ser breve. La escena se va llenando, mientras hablan con el Rey sus cortesanos. El que dirige la palabra al Rey será un hombre de más que mediana edad, vestido de negro y de aire acomodado. Los ciudadanos se descubren según van entrando.

RODOLFO

A un caballero.

¿Todavía no tocan a gloria las campanas de la Catedral?

CIUDADANO

Señor!...

RODOLFO

A un ministro.

Decidle que puede hablar.

TERCER MINISTRO

Su majestad el Rey os deja hablar.

CIUDADANO

Señor: En nombre de toda la ciudad, que va a adornar sus calles y plazas en señal de inmensa alegría, os doy la enhorabuena por el triunfo de hoy. Es una gloria para nuestra tierra.

Ahora se oye a lo lejos una música que tan pronto se acerca como se aleja.

RODOLFO

Quejándose a un ministro.

¡Por fin, una música!

CIUDADANO

Al Rey.

El pueblo os estará eternamente agradecido.

Sois el monarca más grande de la tierra. Los laureles de hoy no se marchitarán jamás.

El Rey no escucha el discurso.

RODOLFO

A otro ministro.

¡No se oyen las campanas todavía!

CIUDADANO

¡Ciudadanos!... ¡Viva el Rey!

PUEBLO

¡Viva!... ¡Viva!...

RODOLFO

¡Gracias, gracias! Hablad, señor ministro.

PRIMER MINISTRO

¡Ciudadanos! Yo, en nombre de su majestad el Rey, os transmito su agradecimiento. El día de hoy no se borrará jamás de la memoria de los nacidos y de los que están por nacer... El ejército se ha cubierto de gloria: nuestro agradecimiento al...

CIUDADANO

¡Viva el ejército!

PUEBLO

¡Viva!

RODOLFO

Avanzando al pueblo.

Pueblo: ¡Viva sobre todos el príncipe Alberto!

PUEBLO

¡Viva!

RODOLFO

¿Se han vuelto locos en la Catedral?

PRIMER MINISTRO

¡Parece que doblan a muerto!

Pasa otra música que parece una marcha fúnebre o un lamento. La gente del pueblo se arremolina hacia el fondo y el rumor se va acercando y llegando.

PUEBLO

A lo lejos.

¿Qué es? ¿Qué sucede? ¡Abrid paso! ¡Abrid paso! ¡Es Nataniel!

PUEBLO

Otras voces más cerca.

¡Es Nataniel! ¡Nataniel está aquí!

Otras voces todavía más cerca.

¡Nataniel! ¡Nataniel!

RODOLFO

¡Que venga Nataniel! ¡Que venga!

Avanza Nataniel seguido de Slavis y Dormán y otros de los suyos, que le dejan camino entre la gente.

NATANIEL

Desde lejos y levantando los brazos.

¡Señor! ¡Señor!

RODOLFO

Riendo, satisfecho.

Acercáos, que ahora estoy dispuesto a conceder la paz.

Nataniel se ha ido acercando.

¡Mi hijo es vencedor!

NATANIEL

¡Escuchad: las campanas doblan a muerto!

RODOLFO

¡La gloria es antes que los muertos!

Imperativo.

¡¡Que toquen a gloria las campanas!!

A los ministros.

¿En qué piensan los que las tocan?

NATANIEL

No: las campanas tocan solas.

RODOLFO

¿Solas?

Riendo con ira.

¡Oh, farsante!

Un caballero ha bajado rápidamente los peldaños. Trae un telegrama, que lee en seguida un ministro. Este lo entrega al Rey en el acto.

SEGUNDO MINISTRO

¡Señor!...

Rápido.

RODOLFO

Rápido.

¿Qué?

SEGUNDO MINISTRO

Leed, señor.

Mientras los ministros hablan entre sí con exclamaciones de terror, el Rey va leyendo.

NATANIEL

Con voz cordial.

¡Pobre padre!

Las campanas, muy de tarde en tarde, siguen doblando a muerto.

RODOLFO

Por lo que lee.

¿Qué?... ¿Qué dice?... ¡Ministros del Rey!...

Queda mirándolos. Todos inclinan sus cabezas. El Rey vuelve a leer el telegrama.

¡Pero si no puede ser! ¡Si esto ès un sueño!... ¿Que nos han derrotado?... ¿Que se ha vuelto contra nosotros la fortuna?... ¿Y quién da estas noticias?

Golpeando el telegrama.

¿Son verdaderas?

Pasa el telegrama a un ministro.

¡Tened: que yo no puedo leerlo!... ¡No, no: devolvédmelo!...

Sigue leyendo.

¿Que los fugitivos han vuelto atrás y que recuperaron la capital?

Al ministro de la Guerra.

Pero... y los nuestros, señor ministro de la Guerra, ¿por qué no se han defendido y muerto todos antes que rendirse? ¡Y han huído!... ¡Cobardes! ¡Viles!

En voz alta. Entre tanto, los soldados y la guardia obligan al pueblo y a las gentes de Nataniel a retirarse hacia el fondo derecha. Es un barullo sordo. Nadie sabe lo que ocurre.

SEGUNDO MINISTRO

¡Señor, por Dios!

Para que el Rey baje la voz.

RODOLFO

Pero ¿cómo ha podido ocurrir?... ¿Qué más se sabe?... ¿No hay más noticias?

Al ministro de la Guerra, que tiene otro telegrama en la mano.

¡Ah, vos tenéis otro telegrama! ¡Dádmelo pronto! ¡Ese telegrama!... ¡Yo!...

SEGUNDO MINISTRO

No; perdonadme.

RODOLFO

¡Lo quiero! ¿Qué más puede decirme?

SEGUNDO MINISTRO

¡Señor!...

RODOLFO

¡Soy vuestro Rey! ¡A mí!...

Le arranca el telegrama.

¡Que Dios está conmigo!

Lo ha dicho mientras abre el telegrama. Ahora lee.

¡No! ¡No! ¡Mentira!

DEMETRIO

¡Padre y señor!

Al verlo, como loco, y abrazándolo.

RODOLFO

¡Mentira!... ¡Dios no ha podido quererlo!

Llorando.

DEMETRIO

Que le ha quitado el telegrama.

¡Mi hermano ha muerto! ¿Oís?

A los ministros.

¿Oís?... ¡El príncipe heredero ha muerto!

Rumores grandes entre el pueblo, que ha oído el grito del príncipe. Nataniel y los suyos, agrupados muy estrechamente, callan.

RODOLFO

¡No lo creas, hijo mío!

Dirigiéndose al pueblo.

Y vosotros, ¿por qué lo creéis? ¡Donde él está, la victoria está con él!... ¡Traidor el que crea en la muerte y la derrota!

DEMETRIO

¿Se ha confirmado ya, señor?

SEGUNDO MINISTRO

Todos los despachos que llegan de todas partes lo confirman.

RODOLFO

¡Ah, pandilla de asesinos, que has dado muerte a mi hijo!... ¡Yo te castigaré!... ¡No quedará en tus ciudades piedra sobre piedra! ¿Queréis la paz con esta gente?..! ¡Pueblo, pueblo mío!

PUEBLO

¡Guerra!

RODOLFO

¡Guerra a los asesinos!

PUEBLO

¡Sí, guerra!... ¡Venganza!... ¡Guerra!... ¡Guerra!

RODOLFO

¿Y tú, hijo mío, vengarás a tu hermano?

DEMETRIO

Mandad, padre. Yo estaré con vos.

RODOLFO

¡Vamos contra ellos la nación en masa!

PUEBLO

¡Todos! ¡Guerra!

RODOLFO

Toma, hijo mío; toma la espada de tus abuelos.

DEMETRIO

¡La llevaré a la lucha!

RODOLFO

¡Levántala en alto rodeado de tu pueblo!

PUEBLO

¡Guerra! ¡Guerra!... ¡Viva el príncipe Demetrio! ¡Viva!

DEMETRIO

¡Sí!... ¡Seguidme todos! ¡Vamos!

RODOLFO

¡Levanta en alto la espada!

DEMETRIO

¡Sí! ¡En... en... alto!... ¡Dios mío!

Deja caer el brazo, incapaz de sostenerla.

RODOLFO

¡Más!

DEMETRIO

¡No... puedo!

Se le cae al suelo. Rumor del pueblo, apartándose.

RODOLFO

¡Dios mío!... ¡No puedo mirarlo!

Se oculta el rostro con las manos y se oculta entre sus caballeros.

DEMETRIO

¡Me faltan las fuerzas!

RODOLFO

¡Desventurado de mí!

PRIMER MINISTRO

¡Retiráos, señor! Entremos en palacio. Venid.

Se lo lleva, rodeado de sus ministros y caballeros.

RODOLFO

¡Vergüenza! ¡Vergüenza!

El pueblo se aleja murmurando.

NATANIEL

¡De rodillas, hermanos!

DORMÁN

¡Recemos por los muertos!

SLAVIS

¡Para que maten a los asesinos!

NATANIEL

¡No; para que se conviertan los que matan!

Demetrio está al pie de la escalera con Orlof y sus amigos.

GLADYS

¡Príncipe Demetrio! Recemos también nosotros.

Orlof, Morelli y Arlet se han hecho atrás, dejándoles solos.

DEMETRIO

Gladys, ¿qué hacer?

GLADYS

¡Rezar!

NATANIEL

¡Por la paz del mundo siempre!

GLADYS

¿Me queréis, Demetrio?

DEMETRIO

¡Con toda mi alma!

GLADYS

¡Arrodilláos conmigo!

NATANIEL

Por la paz. ¡Por la paz de todo el Universo siempre!

GLADYS

A Demetrio.

De rodillas.

Él duda, mirando hacia donde se ha ido su padre.

De rodillas... De rodillas.

DEMETRIO

Sí.

GLADYS

Gracias.

NATANIEL

Padre Nuestro, etc.

Lo va rezando todo el mundo con un murmullo continuo, uniendo las voces como las hojas temblantes de una selva. Todos estarán frente al espectador desparramados por la escena. Nataniel levanta las manos al cielo. Las campanas de la Catedral siguen tocando a muerto.

TELÓN

ACTO TERCERO

Es de noche. Extensa llanura por todas partes, menos en el fondo, donde, muy lejanas, se ven las montañas. Ni árboles ni edificios. La escena está iluminada, en primer término, por el resplandor de una hoguera, donde arden trozos de camiones, cajas despedazadas, etc. La hoguera estará muy encendida para que la escena resulte muy clara. Sobre la llanura se verán, en otros términos, otras hogueras, Estas, visiblemente más pequeñas, para dar idea de las distancias en que se suponen que arden. Cielo de noche serena, con estrellas brillantes.

ESCENA PRIMERA

DORMÁN, SLAVIS, ALEJO, SERGIO y cuatro hombres que les ayudan.

Están acabando de rellenar con tierra la zanja de una fosa extensa y ancha. La parte de ésta, cubierta ya, forma promontorio sobre el terreno, a causa de la cantidad de cadáveres que cubren la tierra. Al levantarse el telón, mientras seis de los hombres van echando paletadas de tierra, los otros dos, en lo alto del pequeño promontorio, acaban de tocar con sus dulzainas una melodía triste. Hasta que la melodía termina no comienza el diálogo. Y en cuanto éste empieza, sonarán, distantes, acá y allá, lejanas melodías auténticas.

SLAVIS

¿Sabéis que se está bien dentro de la tierra, y hasta da pena salir?

Todavía están sus dos piernas dentro del hoyo, que se va llenando deprisa.

SERGIO

Ya nos llegará la hora de quedarnos dentro. Nunca faltará tierra en el mundo para cavar hoyos.

DORMÁN

Tierra, no. Y hombres que las caven para enterrar a sus hermanos... ¡asesinados!, tampoco faltarán.

SLAVIS

Cada paletada que se me deshace en los pies, me parece una caricia de la Madre Tierra.

SERGIO

A Slavis todo le enternece.

ALEJO

Dormán: ¿Tú no crees que día vendrá en que todos seremos hermanos?

SERGIO

¿Y en que la paz será universal y para siempre?

DORMÁN

Después de encogerse de hombros silencioso.

Entre tanto, enterremos muertos.

ALEJO

¿Pero tu opinión?...

DORMÁN

Lo creo porque lo dice Nataniel; cuando le oigo, estoy seguro; cuando él se calla, no tanto.

ALEJO

¡Pues así le perjudicas!

DORMÁN

¡Bah!... Nataniel sabe cómo soy, y sabe que daría mi vida por él.

SLAVIS

Nosotros le queremos más que tú, porque le creemos siempre en todo.

ALEJO

Tormento que me dieran, lo sufriría por él.

SLAVIS

Yo también.

SERGIO

Yo, cien veces. Pero tú, Alejo, si te atormentaran, ¡quién sabe si le negarías!

ALEJO

¿Que yo le negaría? ¡Mala... lengua!...

SERGIO

Y Dormán es el primero que le negaría. Porque tú le crees apenas, Dormán.

DORMÁN

¡Calla! La simiente es buena; el campo es ruin.

SLAVIS

¡Yo me arrojaría al fuego por él!

DORMÁN

¡Quién sabe!

SLAVIS

¡No me gusta que se dude de mí!

DORMÁN

Cuando dudo, es que está en mi que no deje de dudar.

SERGIO

¡Porque no crees en él dudas!... ¡Dudas de él!

DORMÁN

En vosotros no creo mucho, ¡la verdad!

SLAVIS

¿Ni en mí?

DORMÁN

No se hable más.

SERGIO

¡A mi no me lo dirías!

Con desplante de reto.

ALEJO

¡Ni a mí!... ¡Porque si te atreves!...

Amenazando.

DORMÁN

¡Qué tristeza!... ¿No veis?... ¡Pretendemos creer en la paz universal y ya estamos a punto de pegarnos...

Quedan todos inmóviles. Pausa. Ahora suenan las dulzainas en la parte opuesta, muy lejos también.

DORMÁN

¿Oís?... ¡La oración de los muertos allá abajo!

ALEJO

¡Acaban de cubrir otro fosa!

SLAVIS

Hemos llenado veintisiete fosas...

Con mucha tristeza.

SERGIO

Yo no había visto nunca tantos muertos. ¡Y en tan poco espacio!

SLAVIS

¡Cómo se odiaban los pobres! Los hay que aun muertos siguen agarrados como si vivieran todavía.

DORMÁN

Yo, al enterrarlos, los separo siempre. Nataniel no quiere que los enterremos de ese modo.

SERGIO

Aquí enterré yo a uno que tenía un retrato en la mano pegado a sus labios. ...Y lo sostenía con el brazo roto.

SLAVIS

¿De su madre?

ALEJO

¿De su mujer?... ¿O de su?...

SERGIO

¡De una niñita pequeñuela y rubia que... sonreía. Ahora, ahí dentro en la obscuridad, debe sonreir aún pegada a los labios de su padre!...

Pausa. Irán hablando todos con intervalo.

DORMÁN

A mí, a veces, cuando vamos aprisa para hacer más faena, se me ocurre pensar si alguno de los enterrados no estará muerto del todo. . y si abrirá los ojos...

ALEJO

¡No es posible!...

SERGIO

Procuraremos cerciorarnos.

DORMÁN

No puedo remediarlo. He llegado a aplicar la oreja al suelo escuchando. Y muchas veces juraría haber oído un latido profundo, muy profundo... «tac, tac, tac», como de un corazón que palpitara.

SLAVIS

¿Sería verdad?

SERGIO

¡No podía serlo!

DORMÁN

¡Pues yo aquellas noches, solo en mi jergón, seguía oyendo: «tac, tac, tac»!

ALEJO

Que se había separado un poco del grupo.

Suenan martillos allá abajo...

DORMÁN

Nataniel estará clavando una cruz. No deja esa tarea para nadie.

ALEJO

Si este sol de hoy nos trajera la paz, ¡qué alegría para el mundo!

DORMÁN

¡No lo creas: son muchos los que se odian y no quieren más que matar, matar siempre!

SLAVIS

Si nuestro Señor hiciera un milagro y convirtiera el mundo!

DORMÁN

¡La simiente es buena!... ¡El campo es ruin!

Volviendo a decirlo con mucha naturalidad.

SERGIO

Nuestro Señor todo lo puede.

Dormán estará limpiando su azada.

SLAVIS

Sí, sí, Dormán: la simiente es buena, pero el campo ya no es tan ruin...

Prestando atención.

Escuchad... ¡hasta ha pasado un pájaro cantando!

DORMÁN

¡Pobrecillo!... ¡Buscará un sitio para hacer su nido y no lo encuentra!

SLAVIS

De todos modos, Dormán, todo se debe a Nataniel. Antes lo habrían encarcelado unas y otros. Y esta tarde, porque él lo ha pedido, enmudecieron los cañones, han descansado los fusiles y las espadas y «¡hasta mañana!» han dicho los que se mataban.

SERGIO

¡Cierto; y por los campamentos van diciendo

todos, cada vez más, que Nataniel es Jesús, que ha vuelto al mundo!

DORMÁN

Y todos creen que creen en él.

SLAVIS

¡Creen todos!

DORMÁN

Sarcástico.

¡Creen todos!... ¡pero los odios no se aplacan; y lo que quieren todos, todos, es la guerra! ¡Slavis, dile al pajarillo que pasó hace un rato que avise a sus hermanos que no vengan aquí a hacer sus nidos de amor, y que huyan para siempre de la raza humana!

ALEJO

¡Vamos a reunirnos con Nataniel!

SLAVIS

¡Vamos; pero con la confianza en el corazón siempre!

TODOS

¡Siempre!... ¡Siempre!..

Salen todos por un lado, llevando al hombro sus palas y azadas.

ESCENA II

GLADYS Y DEMETRIO

Llegan por el otro lado caminando despacio. Llega primero Gladys, quien no dice nada, mirando a todas partes, y llega a poner un pie sobre la tierra removida que culmina un tanto, para indicar que hay muertos debajo de ella. Luego llega Demetrio.

DEMETRIO

¿Hasta dónde pensáis llegar, Gladys?

GLADYS

No lo sé. Me atraía esta hoguera y los hombres que la rodeaban enterrando muertos de la última batalla. Por la tierra que sobra, se ve que hay muchos aqui debajo de nosotros.

DEMETRIO

¿No corréis peligro al internaros tanto?

GLADYS

¿Peligro de qué?... ¿De morir? Para como está el mundo, vale más contar entre los muertos que entre los vivos, esperando la hora... ¿No me habéis dicho que también vuestro padre recorre estos lugares?

DEMETRIO

Sí; pero le rodea un cuerpo de guardia. Y, os lo diré, Gladys: lo que mi padre quiere es hablar a Nataniel.

GLADYS

¿Para ofenderle, insultándole vilmente, como si fuera el causante de la muerte de vuestro hermano?... ¿Para volverle a encarcelar?... ¿Para matarle?...

DEMETRIO

No. Mi padre no es ya el mismo de antes. Ahora, tan pronto le veréis furioso, llamando a Dios en su ayuda, como lleno de un hondo terror, y hasta llegando a creerse el asesino de su pueblo.

GLADYS

Sí, el asesino.

DEMETRIO

¿Creéis que, de no estar perturbado, habría consentido jamás en este armisticio?

GLADYS

Es cierto.

DEMETRIO

Pero hay más todavía... Hay, que mi padre siente como una especie de espanto por Nataniel. Parece que este hombre le atraiga contra su voluntad.

GLADYS

Nunca me habíais hablado así, Demetrio.

DEMETRIO

Si hoy os hablo, es porque nos hallamos en este lugar, en un momento solemne de nuestra vida; como si estuviéramos a las puertas de la Eternidad, delante de la Muerte, que aletea por todas partes, y que, con una de sus alas, roza nuestra piel... ¿No la sentís, como yo, Gladys?

GLADYS

Sí; pero su aliento frío no me da pena ni espanto.

DEMETRIO

A mi tampoco, porque me encuentro a vuestro lado, y hasta me parece que los brazos de la Muerte han de estrecharnos a la vez.

GLADYS

Vamos a buscar a vuestro padre, Demetrio. Yo quiero hablarle en estos sitios de horror.

DEMETRIO

¡Oh, sí; vamos!

GLADYS

Lograd que acabe esta guerra, y os prometo...

DEMETRIO

¿Vos?

GLADYS

Yo sería capaz,..

DEMETRIO

Apasionado.

Decídmelo... ¿Seríais...?

GLADYS

Seré vuestra esposa.

DEMETRIO

¡Oh, Gladys!

GLADYS

Y si me costara la vida el sacrificio, moriría llorando de alegría.

DEMETRIO

¡No moriréis!... ¡Seréis dichosa, Gladys!

GLADYS

Basta; llevadme donde pueda hablar a vuestro padre.

DEMETRIO

Viene gente.

GLADYS

¡Pronto, pronto!

Salen rápidamente.

ESCENA III

DORMÁN, SLAVIS, SERGIO Y ALEJO

Llegan despacio por el lado opuesto al que tomaron al salir Gladys y Demetrio. Luego entran Nataniel y otros discípulos.

DORMÁN

Veo venir a Nataniel, que acaba de plantar la cruz en la fosa del cerro.

SERGIO

Aquella fosa es casi tan grande como ésta.

ALEJO

Como que defendiendo aquel paso cayeron compañías enteras.

SLAVIS

Mirando.

¡Ya está aquí Nataniel!

SERGIO

Con alegría.

¡Nataniel!

NATANIEL

Llegando con otros.

Buenos días a todos mis hermanos.

DORMÁN

Después de mirar al cielo.

Buenos días.

Otros lo dirán también en voz baja.

NATANIEL

Dormán: ¿crees tú que el sol se va acercando y que muy pronto resplandecerá sobre la tierra?

DORMÁN

Sí, lo creo.

NATANIEL

Pues, si Dios quisiera, se apagaría el sol ahora mismo y se levantaría en el horizonte como un tizón negro. ¡Y tú no crees que esto

pueda ser... porque no lo has visto nunca! ¡Dormán, Dormán!

Riñéndole cariñosamente.

DORMÁN

Creo en ti, Nataniel, más que en mí mismo.

Procurando besar sus manos

NATANIEL

No; a mis brazos.

Se abrazan.

Levantemos la cruz.

SLAVIS

No han traído los maderos.

SERGIO

Veo que los traen.

NATANIEL

Sólo faltaba ésta. En los campos de la vida crecen los árboles. Nosotros, en este campo inmenso que nos rodea y que han labrado los cañones, plantamos cruces. Lo han regado con

sangre de nuestros hermanos... Desde lejos lo mojan con rocío de lágrimas parientes y amigos... ¡Que los árboles de este campo den su fruto de paz para alimento de las almas!

Rumor ligero de aprobación en todos.

SLAVIS

Tú descansa, que estarás fatigado.

NATANIEL

Fatigado, ¿de qué?

DORMÁN

Toda esta noche, en vez de descansar, trabajaste cavando.

NATANIEL

Sí; y enterrando con vosotros a nuestros pobres hermanos.

DORMÁN

Y durante la batalla socorriendo a los heridos que caían entre el silbar de las balas y el terremoto de los obuses.

NATANIEL

Y tú, Dormán, siempre a mi lado. Y vosotros trabajando con él. Y Slavis, que siempre llora, sin tiempo para enjugar sus lágrimas.

Llegan unos hombres trayendo unos maderos negros, anchos y largos para la cruz.

¡Oh!... ¡Ya traen los maderos para la cruz!... Vamos a hacerle sitio, que la tierra tiene gana de sostenerla.

SERGIO

Tú dirás dónde quieres plantarla.

Pausa.

NATANIEL

Aquí mismo. Debajo están un padre y dos hijos. Unidos peleaban; una granada mató a los dos hermanos y el padre no quiso moverse. La madre, al partir, le había dicho: «¡No los dejes!» Y no los dejó; se sentó en el suelo y murió también el pobre. Los tres sostendrán la cruz desde dentro de la fosa.

Sergio comienza a cavar el hoyo. La cruz se levantará en medio de la escena al fondo. Nataniel, arrodillado, aserrará un extremo de la crnz.

ALEJO

Todas las cruces están plantadas por él.

DORMÁN

Da gusto verle con esta confianza en su obra. No le he visto dudar nunca.

ALEJO

Ni yo.

SLAVIS

Ni nosotros.

DORMÁN

Y hay que ver que según pasan días y meses se encienden los odios con más fuerza.

SLAVIS

¡Quién sabe lo que ocurre dentro de los corazones!...

DORMÁN

Ocurre que todos tienen más sed de venganza

SLAVIS

Enternecido

Yo no puedo oir estas cosas.

DORMÁN

Naturalmente; todos, los de una y otra parte, dicen que quieren la paz. Pero todos, en una y otra parte, la quieren triunfando. Matar no significa nada. Encender los poblados y padecer hambre, tampoco. Triunfar, lo que quieren es triunfar. Y luego la paz para el vencido, el humillado y el agonizante, a quien consentirán arrastrarse como un leproso sobre todas las miserias humanas.

SERGIO

Es cierto.

SLAVIS

¡No; porque Nataniel impondrá la paz!

ALEJO

¿No ha conseguido mucho ya? Esta tregua ¿la creíais posible?

DORMÁN

Yo, no. Y eso que estaba a su lado cuando habló a los generales del campo enemigo de Rodolfo.

ALEJO

Le escuchaban, ¿verdad?

DORMÁN

Sí; y el rostro de Nataniel se iluminaba, y sus ojos resplandecían cuando uno de aquellos hombres le interrumpía furioso. Luego fueron callando, y el resultado ha sido éste.

SLAVIS

¿Ves, Dormán, ves?

DORMÁN

Ya os he dicho que yo creo en él; que no es como los demás. En quien no creo es en la gente.

SLAVIS

El bien triunfa del mal.

DORMÁN

¿Cuándo? ¿Dónde?

SLAVIS

¡Cuando quiera Dios; y Dios querrá!

DORMÁN

¿Lo sabes tú, que eres gusano de la tierra, como yo?

SLAVIS

¡Lo dicho; Él, que es más que todos!

SERGIO

Si.

SLAVIS

¡Lo sabe: porque es el mismo Jesús!

ALEJO

¿Olvidas que él no quiere que se diga?

DORMÁN

¡Ay, Slavis; murió Jesús, y no triunfó sobre la Tierra!

Cambia la voz, que se le quiebra en un sollozo. Nataniel ha tomado los clavos que le dió un hombre, y clava con fuerza la cruz, dando dos o tres martillazos.

NATANIEL

A Dormán se le quiebra la voz... Habrá dicho algo que le duele y le desgarra las entrañas.

DORMÁN

Muy conmovido.

¡Sí, Nataniel, sí!

NATANIEL

Pues la verdad es que Jesús triunfó muriendo. El mundo ha hecho camino desde aquel entonces. Los hombres se habrán convertido en fieras, y la raza humana habría desaparecido... Pero hoy la Tierra no está tan lejos del Cielo como entonces. Cielo y Tierra se van acercando desde que en medio está el Calvario. Yo, a pesar de tantos crímenes, tengo confianza en la raza humana, por lo que el hijo de Dios hizo al morir.

Ha dado algunos martillazos más.

Ya está la cruz. Levantémosla en alto. Ayudadme, amigos míos. Tú, Dormán, ayúdanos apretando la tierra para que sostenga la cruz erguida y firme.

Dormán y otros apisonan la tierra en torno; Nataniel y otros levantarán la cruz. Luego se apartan todos, menos Nataniel que se destaca abrazado a ella.

¡Cruz gloriosa de amor!... ¡Sea a tu alrededor la Paz Eterna!

Nataniel, andando de espaldas para dar siempre el rostro a la cruz, se aparta de ella.

SERGIO

Llega mucha gente hacia aquí.

ALEJO

Todavía quedan dos horas de armisticio.

NATANIEL

Aparte.

El Rey es quien llega. Sabía yo que un día vendría a buscarme.

En voz alta.

Amigos míos: dejadme solo con los que llegan.

SLAVIS

Al salir.

¿Pero quién llega? ¿Lo sabéis?

SERGIO

Yo, no

DORMÁN

Ha dicho que lo dejáramos, y basta.

SLAVIS

¿Quién será?

ESCENA IV

NATANIEL y REY RODOLFO, seguido de CABALLEROS, que le rodean.

Las hogueras se van apagando y se van fundiendo los astros. Nataniel ha quedado solo en mitad de la escena, recogido, cruzado de brazos, en pie. Entrarán, con largos capotes de campo, soldados, que se detienen en el foro. Destácase el que venía delante y les indica con una señal que se retiren. Espera Rodolfo a que estén fuera; luego, sin precipitación, se acerca a Nataniel.

RODOLFO

Nataniel...

NATANIEL

Señor...

RODOLFO

¿Me habéis reconocido?

NATANIEL

Sí.

RODOLFO

Vengo desde muy lejos a buscaros.

NATANIEL

Sí.

Pausa.

¡Vos y yo estamos siempre muy lejos!

RODOLFO

Ofendido.

¿No teméis que llame a mi gente y os encarcele de nuevo?

Nataniel se calla.

Y si se me antojara, ¿no teméis que os haga dar muerte?

NATANIEL

Esta fosa está llena, señor; pero todavía harían un hueco para que cupiera otro más.

RODOLFO

Vine a buscaros, Nataniel, porque me arrastra a vos una fuerza extraña que no sé de dónde viene; si es Dios o el diablo el que hoy gobierna.

NATANIEL

Dios, señor, y nadie más que Dios.

RODOLFO

Pues yo no voy contra Dios. Porque yo, si quiero triunfar en esta guerra, no es para empequeñecer la obra de Díos. Yo quiero constituir un reino poderoso donde todo el mundo sienta el orgullo de las victorias; que el enemigo quede humillado para siempre; que en mi tierra todo el mundo sea feliz.

NATANIEL

Decidme, señor: ¿habéis presenciado vos esta gran batalla?

RODOLFO

¿Grande, verdad? ¡Y yo la he dirigido! Y si el triunfo no ha sido absoluto para mí, tampoco ha sido una derrota vergonzosa... Con un esfuerzo más...

NATANIEL

¡Pues yo sí; la he presenciado!

RODOLFO

¡Y habréis visto el valor de mi gente!... ¡Avanzaban mis hombres como locos, vitoreándome, pisoteando a los muertos, hiriendo o cayendo; pero al morir llevando mi nombre a sus labios!

NATANIEL

¿Qué decís?

RODOLFO

¡Dando su vida satisfechos...!

NATANIEL

¡Callad, callad!

RODOLFO

¡Estáis hablando a vuestro Rey!

NATANIEL

¡Callad... en este sitio. ¡Vos no visteis el horror de la batalla! ¡A vos os llevan noticias halagadoras para vos, y ni un instante llegó a vuestro corazón el espanto de estas horas! ¡Yo os habría atado a un potro furioso con vuestro manto real y vuestra corona, y seguido en cabalgata infernal por vuestros consejeros os habría lanzado en medio del combate! ¡Y habríais visto caer la juventud de vuestro reino en filas espesas, heridos de muerte!

RODOLFO

Con risa diabólica.

La juventud enemiga caía también.

NATANIEL

Habriais visto que la metralla y los obuses arrojaban sus cuerpos al aire, que las cabezas se abrían; y en los pechos saltaban los corazones a pedazos; y las carnes palpitantes, sin forma de cuerpo humano, se revolcaban en charcos de sangre. Yo he escuchado y no he oído que uno sólo vitorease a su Rey... Llamaban a sus hijos, a sus mujeres... y, sobre todo, a sus madres, como niños pequeñuelos: «¡Madre! ¡Madre mía! ¡Madre de mi corazón!»... ¡Y a Dios Nuestro Señor pidiendo que los perdona-

ra! Perdonarles, ¿qué? Los infelices no habían hecho daño a nadie en este mundo hasta que vos les pusísteis un arma en la mano para que mataran como asesinos furiosos de otros tiempos... ¡Y vos, entre tanto, esperábais con impaciencia noticias de la victoria!... ¿Qué os importaba a vos el número de muertos? A vos los kilómetros ganados, los cañones tomados al enemigo, las armas y municiones destruídas... ¿Qué daño os había hecho toda aquella gente que moría, aquellos hogares de vuestro reino faltos de juventud ya para siempre? ¡Y todo para engrandecer el territorio!... ¿Qué valen cien mil hombres menos si tendré cien mil kilómetros más de tierra? Yo lo he visto todo. ¡Yo he abrazado y besado a los que morían! ¡Tengo sangre suya en mis ropas, que por eso se han vuelto rigidas, y también sobre mis manos, aún manchadas! ¡En vos ni una gota, que hasta vos no llegan la sangre ni las lágrimas!

RODOLFO

¡Basta!

Se encoge y está jadeante.

¡Basta, Nataniel!... ¡No digáis más!

Después de una pausa.

¡Sobre mí caen todos los dolores, porque así como las alegrías, me llegan las tristezas de mi pueblo! ¡Y si las resisto, es porque Dios ha

puesto en mí el valor necesario para sobrellevar esta carga tan pesada y cumplir con mi deber!

NATANIEL

¿Cómo ofendéis a Dios, pretendiendo mezclarle en estas infamias?... ¿Y queréis por cómplice a Dios? ¡Sólo os lo dirán los cortesanos que os rodean!

RODOLFO

¡Y vos también debéis creerlo, y quiero que lo creáis!

Con imperio.

NATANIEL

¿Y me lo exigís... a mi?

RODOLFO

¡Me habláis con demasiada altivez! ¡De igual a igual! Cuando precisamente, si he llegado, solo, hasta vos, es porque os quiero hablar en bien de todos.

NATANIEL

Cambiando de tono.

¿En bien de todos, señor?... ¿Sería cierto que

os han conmovido tantos horrores, y que deseáis acabar esta guerra?

RODOLFO

¡Sí! Quiero acabar esta guerra, y quiero hacer de vos el hombre más ilustre entre todos los hombres.

NATANIEL

Me parece que veo abrirse de par en par las puertas del Cielo, para recibir vuestras palabras.

RODOLFO

¡Sí; quiero acabar esta guerra por vos; únicamente por vos, Nataniel!

NATANIEL

Hablad. ¿Qué debo hacer?

RODOLFO

Escuchadme. Vos entráis sin dificultad a toda hora, en el territorio de mis enemigos, como en mis propios reinos.

NATANIEL

De todos soy hermano.

RODOLFO

Y os acercáis a todos los que quieren oiros, predicando la paz.

NATANIEL

Allí, como aquí, la he predicado siempre. Y de ellos he conseguido este armisticio.

RODOLFO

¡También de mí! Pues bien; antes que acabe, os llegaréis al Estado Mayor enemigo, que no está lejos, y diréis que habéis logrado inspirarme el deseo de que tratemos la paz.

NATANIEL

¡Oh, sí!

RODOLFO

Que yo quiero la paz como ellos mismos; que me causa horror la sangre derramada.

NATANIEL

¡Sí!

RODOLFO

Y después, Nataniel, hecha la paz, permaneceréis a mi lado y seréis mi consejero predilecto.

NATANIEL

¿Y devolveréis a vuestros enemigos las tierras conquistadas?

RODOLFO

Lo trataremos amistosamente, después de los preliminares de paz, cuando se hayan depuesto las armas.

NATANIEL

¿De una y otra parte?

RODOLFO

Pero, en todo caso, os doy mi palabra; vos mismo, Nataniel, con vuestro gran corazón, gobernaréis las ciudades que fueron de ellos.

NATANIEL

¿Pero acaso no pensáis devolvérselas todas?

RODOLFO

Aunque yo quisiera, los míos se opondrían.

NATANIEL

Por derecho natural esas ciudades les pertenecen, y no querrán hacer la paz.

RODOLFO

Pero ahora no las tienen, y yo no devuelvo lo que me ha dado la guerra. Todos los pueblos del mundo han hecho lo mismo: se han quedado lo de los otros.

NATANIEL

Yo no miento, señor; y no repetiré vuestras palabras, que me parecen odiosas. Yo compadezco al caído; al que tiene al enemigo en casa.

RODOLFO

¡Nataniel!

NATANIEL

Y condeno al que hurta, con corona o sin ella; ladrón de un hogar o de un territorio.

RODOLFO

¡Soy vuestro Rey!

NATANIEL

¡No de este modo!

RODOLFO

¡Puedo haceros callar para siempre!

NATANIEL

¡Eso, sí!

RODOLFO

Llamar a mi gente para que os empujen con las espadas, si es preciso, hasta el campo enemigo para que repitáis lo que os mando.

NATANIEL

Y yo, mientras me empujan y me hieren, desde lejos, antes de llegar al campo enemigo, iré clamando que desconfíen de vos, que sois un mal Rey.

RODOLFO

¡Oh, rabia!

NATANIEL

¡El asesino de la raza humana!

RODOLFO

Gritando.

¡Mi gente!

NATANIEL

¡Que os gusta ver correr la sangre!

RODOLFO

Más fuerte.

¡Todos aquí!

ESCENA V

DICHOS y los CABALLEROS del Rey que acuden rápidamente.

NATANIEL

¡Que no teméis a Dios!

RODOLFO

¡Prended a ese hombre!

Los caballeros, arremolinándose, no le obedecen y hablan entre ellos.

NATANIEL

¡Venid!

Sereno.

RODOLFO

¡Caed sobre él y que no hable!

TALARN

¡Es Nataniel!

Con voz conmovida.

RODOLFO

¡Y yo vuestro Rey, y os lo mando!

NATANIEL

Humilde.

¿Qué esperáis?

RODOLFO

¡A él todos!... ¡Me ha insultado... a mí!

Ahogándose de indignación. Los caballeros, aunque disputándose entre ellos, van contra Nataniel.

NATANIEL

¡Pues bien!... Yo, en nombre de Dios Todopoderoso, lanzo sobre vos...

RODOLFO

Con terror, interpuesto entre Nataniel y los caballeros.

¡No terminéis!

Nataniel habló con sentida energía y llora. Los caballeros se hicieron atrás conmovidos. Pausa larga.

¡Salid, señores! ¡Si; salid todos y alejáos de aquí!

Salen. Cuando han salido todos, el Rey se acerca a Nataniel.

¡Venid, Nataniel!... ¡Dadme vuestra mano! ¡Colocadla sobre mi pecho!

Sin soltar su mano la pone sobre su pecho y la sostiene allí.

¿Sentís galopar mi corazón como un caballo desbocado?

NATANIEL

¡Sí, mi señor!

RODOLFO

¡Pues así está siempre, siempre!

Rodolfo mira a todas partes; luego besa la mano de Nataniel, que no había soltado aún.

NATANIEL

¡Mi señor!... ¿Qué hacéis?

RODOLFO

¡Nataniel!... ¡Yo me duermo, y dormido siento que me ahogo; que estoy en un mar sin fondo, que me voy hundiendo en él! ¡Y el mar es rojo de sangre... y el sol también rojo de sangre!... ¡Y llamo a los míos para que me salven... y se llena mi alcoba de gente que me despierta aterrada!... Y para que veáis cómo soy: yo entonces río y río para tranquilizarlos a todos. Y poco a poco van saliendo y me quedo solo, para volver otra vez a mis desvaríos, que me agotan.

NATANIEL

¡Pobre mi señor!... ¡Qué compasión os tengo! ¡Creedme, señor: yo soy un hombre como todos los hombres; pero ahora al oiros quisiera tener el poder de todo un Dios para daros fuerza y arrancaros del corazón esos tormentos horribles!

RODOLFO

¡Sí, horribles, Nataniel! Porque no os lo he dicho todo. A veces es mi hijo mayor, el heredero de mi corona, asesinado por mis enemi-

gos, el que se me presenta sangriento, levantándose de entre los muertos para gritarme que le vengue, que no tenga piedad hasta acabar con la raza maldita.

NATANIEL

¡Callad!..., ¡que es la voz de Satanás! ¡Dios no quiere la venganza!.

RODOLFO

¡Soy Rey y me mataron a mi hijo! ¡El era el enviado por Dios para continuar mi gloria en el mundo! ¡El era el elegido por Dios!

NATANIEL

¡Deliráis otra vez!... ¿Quién ha dicho que Dios os escoja para realizar su obra? ¿Qué hay en vos más que en los otros hombres? Con sangre llegaron a coronarse vuestros abuelos, y por aquella sangre sois el Rey... ¿Y dónde se ha dicho que los reyes estén por encima de los otros hombres? Hacéis como ellos y morís como ellos; sólo que en este mundo os habéis sentado en una silla un palmo más alta.

RODOLFO

¡Nataniel: yo os he abierto mi alma y única-

mente vos la conocéis! ¡Sí: en el fondo de mi alma yo soy como todos los hombres de la tierra! Yo, cada noche, antes de cerrar los ojos, todavía rezo por mis padres, como cuando era niño, en la hora de reposo en que todos los hogares de mi reino apagan sus fuegos y en que se reunen las familias humildes para rezar. Pero despunta la mañana; vuelve a derramar el sol su ardiente incendio por la tierra, y mi alma otra vez queda apresada y muda dentro de la cárcel de mi sér, encadenada y aplastada bajo la pesadumbre de mi corona.

NATANIEL

Detenéos; llegan vuestro hijo y Gladys.

RODOLFO

Está tocando a su final el armisticio. Prefiero no verlos.

Va a salir por el lado que tomaron sus caballeros y se le presenta su hijo. Un poco a la zaga, Gladys.

ESCENA VI

DICHOS: GLADYS y DEMETRIO

DEMETRIO

¡Padre y señor!

RODOLFO

¡Hijo mío!

DEMETRIO

Dentro de una hora habrá salido el sol y, según lo pactado, acabará esta tregua.

RODOLFO

Así es, en efecto.

DEMETRIO

Pues yo vengo a daros una buena noticia.

RODOLFO

¿Buena?

DEMETRIO

¿No lo adivinásteis en mi exaltación?

Mira a Gladys.

Hemos venido tan aprisa como era posible. El hecho se debe al conde Orlof.

RODOLFO

¿Qué?

DEMETRIO

El conde Orlof es amigo de infancia del generalísimo de nuestros contrarios.

RODOLFO

¿Sería traidor a su Rey el conde Orlof?

DEMETRIO

¡Señor!... El conde Orlof desea como nosotros mismos la salud de nuestra patria.

RODOLFO

¿Pero de qué se trata?

DEMETRIO

El conde Orlof ha lógrado del generalísimo enemigo que el armisticio se prolongue...

NATANIEL

¡Dios mío!

RODOLFO

¡Yo no lo apruebo! Y la señal de acabar la tregua será lanzar todas mis baterías desde el

alto de las Argueras sobre el cerro de Taymar que está todavía en su poder. ¿Para qué prolongar el armisticio? Se han transportado los heridos y están todos los muertos en sus fosas, ¡pues adelante otra vez!

NATANIEL

¡Pero si consiguiéramos dentro de otro armisticio que terminara la guerra, qué alegría para todos, señor!

RODOLFO

¡Adelante otra vez!

NATANIEL

¡Oh, todavía más horrores!

GLADYS

Permitidme, señor... ¿Si los enemigos de vuestro reino estuvieran dispuestos a concertar una paz honrosa para todos...?

RODOLFO

Hijo mío... Hazme la cortesía de aconsejar a esta dama extranjera que no se mezcle cerca de nosotros, salvo en asuntos de amor y de galantería.

DEMETRIO

Ella, por nosotros, señor...

GLADYS

No, Demetrio.

Sin dejarle continuar.

RODOLFO

¿Habéis dicho una paz honrosa para todos?

Ríe un instante, sarcástico.

No podrá serlo para todos; porque, el día en que venga la paz, habrá vencedores y vencidos; más que vencidos, humillados y empobrecidos, al extremo de pedirme un perdón que no otorgaré sino al que se arrastre en mi presencia de rodillas.

GLADYS

¡Oh! ¿Para cuándo, Nataniel, reserva Dios los rayos de su cólera?

RODOLFO

Hijo mío, sígueme.

Demetrio no se mueve.

GLADYS

¿No ha corridó aún bastante sangre, que no queréis la paz?... ¡Pues si no la queréis, pactándose en justicia, es que sois un mal Rey y un mal hombre.

RODOLFO

¿La oyes?

Demetrio baja la cabeza sin decir palabra.

GLADYS

¿No está bastante llena de sangre vuestra copa? Pues, ¿cómo es vuestra copa? ¿Es tan grande y tan honda como el mar, que no rebosa todavía?

RODOLFO

Amenazador, avanzando hacia Gladys.

¿Os atrevéis contra mí?

Demetrio corre a detener el brazo de su padre.

DEMETRIO

¡Padre!

RODOLFO

¡Déjame!

DEMETRIO

¡Padre!

NATANIEL

Interviniendo a su vez.

¡Señor!

RODOLFO

¿Te atreves tú contra tu padre?

NATANIEL

¿Qué íbais a hacer?

RODOLFO

¡No te reconozco, hijo degradado; víctima de esa mujer..., que ha hecho de ti su juguete!

DEMETRIO

Soy vuestro hijo; os adoro y os respeto; pero sois injusto con Gladys.

RODOLFO

¿La defiendes?

DEMETRIO

Con mucha energía.

¡Sí! ¡Y no puedo consentir que insultéis a Gladys!

El Rey va a hablar.

¡No quiero! ¡No quiero!

NATANIEL

Conteniendo a Rodolfo.

¡Reportáos, señor!

GLADYS

¡Adiós, Demetrio!

DEMETRIO

¡No, Gladys; no me abandonéis!

RODOLFO

Furioso, a punto de perder pie.

¡No me dejéis, Nataniel!

Se apoya en él.

GLADYS

¡Adiós, adiós!

Demetrio no suelta la mano de Gladys. Esta forcejea por desprenderse del príncipe.

DEMETRIO

Padre: esta mujer quiere vuestra felicidad, porque quiere la mía. Sin ella habría muerto yo; lo siento en mí. Ella quiere vuestra felicidad, porque ha estado haciendo obra de paz, porque lo manda Nataniel en nombre de Dios... ¿No creéis vos en nuestro Dios, el mismo Dios de Nataniel, que habla por su boca?... ¿No sentís en vuestro corazón que Nataniel habla de un Dios...?

Rodolfo se deja caer en brazos de Nataniel.

RODOLFO

¡Nataniel!... ¡Nataniel!

Sollozando furioso.

NATANIEL

Llorando también.

¡Mi señor!... ¡Mi señor! ¡Cuánto os quiero y cuánto deseo vuestra felicidad!

RODOLFO

¡Sí; pero vos no pensáis más que en las almas para el cielo, y aquí estamos en la tierra! ¡Y en mi corazón hay el odio hacia aquel pueblo...

Furioso otra vez.

que me ha robado a mi hijo! ¡Y yo quiero vengarlo! ¡La venganza es justa!

NATANIEL

¡Jamás, jamás la venganza!

DEMETRIO

Padre, oidme: puede darse que triunféis de vuestros enemigos más que ahora mismo; puede darse que logréis exterminar a su pueblo; tal vez; tal vez Dios lo consienta para vuestro castigo. ¡Pero ni a vuestro hijo muerto le devolveréis la vida ni a mí, vuestro único hijo, ¡el único que os queda!, volveréis a verme más! No puedo pensar como vos; no puedo ayudaros; no os sirvo de nada y me inspiráis espanto. Me alejo de vos para siempre, desde ahora.

RODOLFO

¿Y eres tú, Demetrio?

DEMETRIO

¡Vamos, Gladys!... ¡Huyamos de esta tierra emponzoñada!

RODOLFO

¡Hijo mío, no te apartes de mí!

DEMETRIO

¡Vamos... vamos!

RODOLFO

¡Nataniel!

NATANIEL

¡Vos lo habéis querido!

DEMETRIO

Gladys, sígueme.

Demetrio habrá dado unos pasos. Gladys no se ha movido.

GLADYS

¡No, Demetrio, no!

DEMETRIO

¡Gladys!

RODOLFO

¡Hijo mío!

GLADYS

¡No; tengo piedad de vuestro padre!

RODOLFO

¡Nataniel!

GLADYS

¡Y aunque me pisotee y aunque me amenace, no me apartaré de él para que vos no os apartéis!

RODOLFO

¡Qué desesperación y qué tormento! ¡Mi hijo, el hijo mío contra mí!... ¡Preferiría morir mil veces y condenarme por toda una eternidad!

NATANIEL

Levantando sus brazos al cielo.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Apiadáos de este hombre!

Sigue con los brazos alzados.

GLADYS

A Rodolfo, con dulzura.

¡Señor... señor!...

RODOLFO

Sin ira.

¡Mi hijo me aborrece y vos sois la causa!

GLADYS

¡Oh, yo no!... Demetrio, os lo pido con toda mi alma, abrazad a vuestro padre!

DEMETRIO

¡Padre, padre!

RODOLFO

¡Hijo mío!

GLADYS

Vuestro hijo no os abandonará jamás... Y vivirá... lo siento aquí.

Señalándose al corazón.

¡Y llegada la hora él cerrará vuestros ojos!

DEMETRIO

¡Sí, sí, padre!

RODOLFO

¡Gracias, Gladys, gracias!

GLADYS

¡Mirad, señor, amanece!

Con espanto.

DEMETRIO

¡Oh, qué horror!... ¡El día!...

NATANIEL

¡Oh! ¡Si yo fuera Dios!... ¡Haría que estos resplandores se apagaran; que el sol no apuntara jamás para iluminar desolaciones y exterminios; que para siempre cerrara la noche sobre el mundo!

Continúan abrazados padre e hijo. Rodolfo, además, estrecha una mano de Gladys.

RODOLFO

Desprendiéndose de ambos.

Nataniel: ¿qué queréis de mí?

NATANIEL

Quisiera encontrarme entre los dos ejércitos contrarios, hablarles, y que ellos se hablaran delante de mí... ¡Que la Divina Misericordia viniera a despertar sus almas para la paz, que demasiado sirvieron al odio.

RODOLFO

Así sea, Nataniel; y sea aquí mismo.

NATANIEL

Sí; delante de esta cruz sagrada, sobre estos despojos, calientes aún.

DEMETRIO

El conde Orlof no estará lejos... Y los oficiales y muchos soldados enemigos que hablaron con él quedaron esperándonos.

RODOLFO

¡Pues id a prevenirles!

GLADYS

Vamos.

Salen ella y Demetrio

RODOLFO

Y yo os traeré a los míos. Haré que venga gente de todas armas. Pero yo me quedaré lejos de todos.

NATANIEL

Sí; vos lejos. Vuestra presencia enconaría los odios.

RODOLFO

¡Oh, mi odio! ¡Hierve dentro de mí y me atenaza!... ¡Pero yo no sé qué fuerza hay en vos, que me sofrena el corazón cuando quisiera desbocárseme otra vez... Para que veáis cómo soy, Nataniel. ¡Ahora desearía que ni unos ni otros escucharan vuestras palabras de paz, y que volviese la guerra!

NATANIEL

¡Callad, callad, que vuestros deseos encienden la cólera de Dios!

RODOLFO

Acabad vuestra obra; yo os dejo en libertad.

NATANIEL

Mandadme a los vuestros.

RODOLFO

Vendrán en seguida.

NATANIEL

Y... alejáos sin volver siquiera el rostro para mirarles.

RODOLFO

Me alejaré, porque...

Huye el Rey rápidamente.

NATANIEL

¡Ve, ve... desdichado! Y ahora, que el Dios del Cielo no me abandone... ¡Por su martirio! ¡Por los hombres que están hechos a su imagen! ¡Oh, Cruz santa! ¡Acógeme en tus brazos, y que Dios ponga en mis labios palabras de enternecimiento y de amor purísimo!

Mientras abraza y besa la cruz, han ido llegando oficiales y soldados del ejército enemigo. Se quedan a la derecha. En seguida, y antes de acabar de entrar los primeros, llegan también rápidamente los de Rodolfo, y se quedan a la izquierda. Tanta gente cuanta sea posible en escena. Muchos de ellos, mal vestidos, con cara y actitudes de rudeza en ambos campos.

ESCENA VII

NATANIEL, CAUDILLOS y SOLDADOS de ambos ejércitos.

Nataniel en medio.

NATANIEL

¡Ved, ya el sol quiere volver a contemplar la tierra! Para él, que es la mirada de Dios, toda la tíerra es una... Y el sol es como una madeja inacabable de hilos de luz que van pasando un día y otro alrededor de este ovillo inmenso que se llama Tierra... Estos hilos impalpables, al ovillarse sobre toda la tierra con igual amor la abrazan totalmente de luz, de calor, de vida. Vedlo, vedlo allá abajo, que va a surgir para pasar por encima de vosotros. Viene de otros países donde hay hombres también como nosotros... Y según va acercándose, ahora mismo ha despertado vuestros pueblos, vuestras casas... Y los hijos abren los ojos ya felices y ya están charlando... Y las madres les besan con amor inmenso y empieza la labor del día. Qué felices seríais todos si ahora, al salir el sol, os encontráseis llamando a vuestras casas, abrazando a los vuestros y diciéndoles: «¡ya no volveremos a marcharnos; ya seremos dichosos aquí mismo; ya se acabó la guerra!» Y esto dicho por todos los hombres, que todos tienen

en el pecho un corazón y les palpita a todos en el mismo sitio. ¡Ah, hermanos, hermanos!... ¡Si esto fuera verdad y ya estuviérais ahora mismo en vuestras casas!... ¿Verdad que se os escapa el corazón? ¡Sí..., ¡que chispean vuestros ojos y hasta... y hasta en algunos brilla una lágrima!

A los de un lado.

No os avergoncéis...

A los del otro.

¡Mirad, mirad: aquí hay otros que también tienen corazón!

Dirigiéndose a uno.

¿Tienes hijos tú? ¡Sí! ¡Vosotros también! ¿Y qué amor es más profundo y verdadero?... ¿El que sentís vosotros o el que sienten los de la otra parte?... ¡Iguales los dos! ¡Todo es igual! Todo pasa lo mismo delante de Dios, porque las almas son iguales. «¡Hijos míos!»... dicen los de aquí; y vosotros también lo decís: «¡Hijos míos!» Porque Dios lo ha dispuesto, y Él sabe por qué lo ha dispuesto... Todos iremos volviendo a la tierra, unos y otros, sin que escape uno solo, porque el hombre ha nacido para pasar... Como anillos de una cadena interminable la Humanidad irá desenvolviéndose, porque ella es el verdadero Sér único, eterno... Porque no puede extinguirse hasta que purificada caiga en brazos de Dios y se confunda con Él para siempre... ¡Hermanos míos!... ¿Creeis

en mi? ¿Creeis que esto que os digo no es fango de la tierra?

HOMBRE PRIMERO DERECHA

Sí.

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

Creemos como si nos hablara el mismo Dios.

NATANIEL

A los de la izquierda.

¿Y vosotros?

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡También!

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡También, porque vos sois más que santo!

HOMBRE TERCERO DERECHA

¡Sí; porque vos no sois de la casta de los hombres!

HOMBRE CUARTO DERECHA

¡Vos sois más que todos los hombres!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Porque Él habla por vos!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Es más que santo, más!

NATANIEL

¡Pues, ea, hermanos míos! Arrancad el odio de vuestras almas! ¿Os aborrecéis?... ¿Os tenéis odio todavía?

Lo ha dicho y lo dice a los de uno y otro campo. Unos y otros callan, y avinagrando el rostro, sin notarlo, dan un paso atrás. Hay quien baja los ojos. Otros miran a sus enemigos con soberbia, orgullo y odio.

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡Es que hay mucha sangre entre nosotros.

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡Sí, mucha sangre!

Otros lo repiten en ambos campos.

NATANIEL

¡No volverá a derramarse más sangre; nunca más; yo os lo digo!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Y han muerto muchos inocentes!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Entre los nuestros!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡No! ¡Eran nuestros! ¡Nuestros!

NATANIEL

¡Pero ya no morirá ninguno más! ¡Ninguno!

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡Y niños martirizados!

NATANIEL

¡Fué un delirio de sangre!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¿Qué os habían hecho nuestros pobres viejos?

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¿Y nuestros abuelos?

NATANIEL

No caerá uno más; ni por vosotros ni por ellos. Y rezaremos juntos por todos.

Rumores de protesta.

HOMBRE DERECHA

¡No, no!

HOMBRE IZQUIERDA

¡Tampoco nosotros!

NATANIEL

Severo, retando.

¿Qué?... ¿Os odiáis todavía? ¿No habéis sabido humanizar vuestras entrañas?

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Pues bien, sí! ¡Yo detesto todavía a los que nos hicieron tanto daño!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡También nosotros!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡Y gozamos odiando!

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡Hasta que logremos acorralarles!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Quemarles sus casas, porque ellos quemaron las nuestras!

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

Destruirlos a todos.

NATANIEL

¡No y no! ¡Callad!

Logra imponerse a todos.

¡Señor, Dios mío, no les escuchéis! ¡Baba de infierno les corroe el alma! ¿Por qué queréis mataros todavía? ¿Queréis que llegue a su fin la raza humana? ¿Obedecéis, sin saberlo, a un destino satánico para acabar el mundo, ahogandolo en sangre? ¡Porque cada uno, al quitar de la Tierra a los contrarios, provccando represalias forzosas, asesina a los suyos de antemano!... ¡Y da igual empezar matando a los

propios, que dejar ese trabajo al enemigo; al concluir, faltarán del mundo todos: pequeños y grandes, y hasta ancianos y ancianas!... ¡Y acabada esta tarea, laváos las manos en sangre; que se evaporen las aguas del mar y que sus cuencas se llenen de la sangre de todos, confundida y revuelta! ¡Y que esta sangre se remueva y soliviante en olas, y choquen unas contra otras, como si todavía persistiera en ella el odio de los que las llevaron en sus venas! ¿Y os creéis valerosos vosotros? ¡Respondedme! ¡No podéis! ¿Por qué ocultáis los rostros? ¿Por qué os habéis conmovido? ¡Los bravos a vuestro modo no han de saber que son lágrimas! ¿Os llamáis héroes? ¡Héroe es aquel que se derrota a sí mismo; aquel que tiene el valor de desear la paz por encima del odio! El más heroico de todos, aquí, como allí, sería el que primero se atreviera a gritar: «¡No quiero más guerras; bienvenida la paz; soy hombre, no fiera!» ¡Y no os atrevéis a repetirlo! ¿Quién se atreve? ¡Ah!... ¡Ni vosotros, ni aquéllos! ¡Sois cobardes todos; sois cobardes todos, porque no tenéis valor para gritarlo! ¡El más valiente entre vosotros, los de aquí y los de alla, el héroe, será el primero que deponga el arma!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

Arrojando el arma al suelo.

¡Pues seré yo! ¡Tened!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Tened la mía!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡Mi espada!

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡La mía!

NATANIEL

¡Lejos, lejos todas las armas!

HOMBRE TERCERO IZQUIERDA

¡Y las nuestras!

NATANIEL

Mirando al cielo.

¡Dios mío, gracias, gracias!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Basta de matar!

NATANIEL

Mirando al cielo.

¡Tú lo quisiste, Dios Eterno!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Volveremos a písar la tierra donde nacimos!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Eso no! ¡Ya es nuestra!

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡La tierra es de sus naturales!

NATANIEL

¡Sí, sí! ¡A cada pueblo sus fronteras propias!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡Lo que hemos conquistado es nuestro para siempre!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Cada uno lo que tenía!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡No; lo que ahora tiene!

NATANIEL

¡Lo que tenía, que Dios repartió la tierra a nuestros antepasados!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Entonces, jamás!

Vuelve a recoger el arma.

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡Jamás por mi parte!

Idem.

NATANIEL

¡Hermanos míos: cada uno a su pedazo de tierra, que ésta es la paz más hermosa!

HOMRRE SEGUNDO DERECHA

¡No; lo ganado está ganado!

Recogiendo su arma.

HOMBRES TERCERO Y CUARTO DERECHA

¡No, no!

Idem.

NATANIEL

¡Deteneos! ¡Lejos, lejos las armas!

Hay muchos que vuelven a recogerlas.

¡Deponed las armas! ¡Al suelo!... ¡Al suelo!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Quedarse con nuestras tierras es robarnos!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡A combatir!

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡Venza quien venza!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Os perseguiremos a muerte!

HOMBRES TERCERO Y CUARTO DERECHA

¡A muerte!

HOMBRE PRIMERO IZQMIERDA

¡Ladrones y asesinos!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡Vosotros!

HOMBRE SEGUNDO IRQUIERDA

¡Todo lo vuestro arderá!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡A muerte!

NATANIEL

¡Dios del cielo, detenedles! ¡Dios del cielo!

HOMBRE PRIMERO IZQUERDA

¿A mí? ¡Ahora mismo, cobardes!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Asesinos!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡Venganza!

Pretenden avanzar.

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡No pasaréis de aquí!

NATANIEL

En medio.

¡Hermanos! ¡Hermanos!

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡Atrás, bandidos!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Vosotros!

NATANIEL

¡Piedad, piedad para todos!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Bandoleros!... ¡Tomad!

Dispara el arma.

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡A muerte, a muerte!

Otro del campo contrario dispara también. Gritos de *«¡a muerte, a muerte!»* en ambos campamentos.

NATANIEL

¿Qué habéis hecho?... ¡¡Deteneos!!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡A ellos, a ellos, a ellos!

Diferentes tiros aislados en una y otra parte. Ruido de armas blancas.

HOMBRE SEGUNDO IZQUIERDA

¡A ellos, a ellos!

NATANIEL

¡¡Deteneos, hermanos, deteneos!!

Avanzan los dos campos. Nataniel desaparece de la vista del espectador cuando se entremezclan unos y otros. Siguen los gritos, alternados con gritos, tiros y crujir de espadas. Repentinamente, Nataniel, herido, se destaca del tumulto y avanza hacia el espectador, cayendo al suelo.

NATANIEL

Ya en el suelo.

¡Hermanos míos!... ¡¡Hermanos míos!!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡Nataniel está herido!

Grito dominador, que suena perceptible.

HOMBRES PRIMERO Y SEGUNDO IZQUIERDA

¡¡Herido Nataniel!! ¡¡Herido Nataniel!!

HOMBRE PRIMERO DERECHA

Increpando a los enemigos.

¡Lo asesináis vosotros!

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡Es vuestra víctima!

TODOS

¡Vosotros, vosotros!

ESCENA VIII

DICHOS y GLADYS

GLADYS

Abriéndose paso entre los soldados.

¡Nataniel! ¿Dónde estás?... ¡Verdugos, paso!... ¡Paso!

Luchando con ellos brazo a brazo para abrirse camino.

¡Nataniel!...

Llega donde él está.

NATANIEL

¡Gladys!

GLADYS

¿Quién os ha herido, quién?

NATANIEL

¡Ninguno!

GLADYS

¡Todos os han herido! ¡Todos!

NATANIEL

¡Hermanos míos, reconciliáos! Abrazáos todos!

Suenan ahora lejanos unos cañones disparando.

HOMBRE PRIMERO DERECHA

¡La guerra otra vez!

HOMBRE PRIMERO IZQUIERDA

¡Está muriéndose!

GLADYS

¡Dios mío, no le abandonéis! ¡No podéis abandonarle!

NATANIEL

¡Hermanos míos... yo volveré, volveré siempre, siempre, siempre!

GLADYS

¡Dios mío, llevadme, llevadme!

NATANIEL

¡Gladys, vos también volveréis!

GLADYS

¡Ah!... ¡Muerto!

HOMBRES

¡Ha muerto!... ¡Muerto!... ¡Muerto!... ¡Muerto!...

Se lo dicen, aterrados, unos a otros.

HOMBRE SEGUNDO DERECHA

¡La guerra otra vez!

TODOS

¡Guerra!... ¡¡Guerra!!

Los soldados se van de escena, clamando: «¡Guerra!... ¡¡Guerra!!» Nataniel queda muerto en primer término. Gladys, arrodillada a sus pies, solloza.

GLADYS

¡Nataniel!... ¡¡¡Nataniel!!!

Hace rato que había amanecido. Ahora ha salido el sol, redondo, rojo de sangre.

FIN DEL DRAMA

